

México

cuenta

Esta colección, *Latinoamérica Cuenta*, que es, en pocas palabras, un viaje a través de la literatura y la imagen, nos lleva ahora a México. Desde la aridez del norte, pasando por playas, montañas y valles, hasta las selvas tropicales del sur, estas narraciones nos cuentan un país entrañable, nos muestran unos valores y una tradición que siguen vivas y son esencia de la identidad nacional. Sentiremos la voz del campesino, el indio y el blanco, reconoceremos la musicalidad de su acento y nos identificaremos con realidades que al final son comunes a todos los países latinoamericanos. *México cuenta* es la oportunidad de conocer escritores de principios del siglo XX que vale la pena rescatar.





México

cuenta

Fernando Benítez · Francisco Rojas
Guadalupe Ledesma · Jorge Ferretis
Juan de la Cabada · Luis Jorge Boone
Manuel Gutiérrez Nájera

Ilustraciones de
Catalina Vásquez

México cuenta

© 2018, del texto: Fernando Benítez, Francisco Rojas,
Guadalupe Ledesma, Jorge Ferretis, Juan de la Cabada,
Luis Jorge Boone, Manuel Gutiérrez Nájera.

© 2018, de la ilustración: Catalina Vásquez

© 2018, de esta edición: Grupo SURA

Autores:

Fernando Benítez

Francisco Rojas

Guadalupe Ledesma

Jorge Ferretis

Juan de la Cabada

Luis Jorge Boone

Manuel Gutiérrez Nájera

Asesora literaria: Gwennhael Huesca

Enlace: Enrique César García

Ilustradora: Catalina Vásquez

Edición y diseño: Tragaluz editores S. A. S.

Impresión: Marquillas S. A.

ISBN 978-958-56133-2-4

Primera edición, octubre de 2018

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores,
bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Grupo SURA

David Bojanini

Presidente

Comité Directivo:

Ricardo Jaramillo

Tatyana María Orozco

Juan Luis Múnera

John Jairo Vásquez

Mónica Guarín

Comité Cultural:

Juan Luis Mejía

Marta Elena Bravo

Carlos Arturo Fernández

Ricardo Jaramillo

Lina Marcela Roldán

SURA Asset Management

Ignacio Calle

Presidente

Suramericana

Gonzalo Alberto Pérez

Presidente

Comité Directivo:

Juan Camilo Osorio

Carlos Esteban Oquendo

Catalina María Restrepo

María Adelaida Tamayo

Claudia Patricia Urquijo

Luis Joaquín Idoyaga

Maurizio Olivares

Tatiana Uribe

Comité Directivo:

Juana Francisca Llano

Sergio Pérez

Juan Fernando Uribe

Luis Ramón Ramos

Andrés Felipe Ochoa

Juan Carlos Escobar

Juan Camilo Arroyave

Contenido

13

– Región Noroeste –

Los visitantes

Guadalupe Ledesma

21

– Región Noreste –

Hombres en tempestad

Jorge Ferretis

35

Los relámpagos

Luis Jorge Boone

49

– Región Occidente –

Las vacas de Quiviquinta

Francisco Rojas

61

– Región Centro –

La cabra en dos patas

Francisco Rojas

79

Toluca

Manuel Gutiérrez Nájera

83

Cuernavaca

Manuel Gutiérrez Nájera

87

– Región Sureste –

La llovizna

Juan de la Cabada

97

El Sureste de México

Fernando Benítez

121

La ilustradora

Catalina Vásquez

Presentación

Es un motivo de felicidad para SURA presentar este nuevo título de la colección *Latinoamérica cuenta*. Cada país que elegimos hace que nuestra mirada se vuelque hacia él para descubrir quiénes somos, de dónde venimos y, si con el paso del tiempo hemos perdido algo de esta esencia, recordarnos que es necesario recuperarla.

Esta colección es, en otras palabras, un acto de conciencia frente a nuestra historia.

México cuenta nos pasea por una de las naciones más grandes y pobladas de América y uno de los países más visitados del mundo. Sin duda, nos quedaremos cortos ante la riqueza cultural mexicana, que merece muchos libros; igual, nos hemos esmerado en hacer una selección de textos que conmuevan al lector y lo hagan enorgullecerse de sus raíces latinas.

En estos cuentos interactúan campesinos, indígenas, blancos, inmigrantes, jóvenes de hoy... gracias a todas esas voces vemos retratada una sociedad con un pasado

y unas tradiciones arraigadas. De paso, nos reflejamos en estos relatos y nos reconocemos en su gran diversidad.

México hace que nos miremos en un espejo lleno de colores, de ritos, de gastronomía, de fiestas alrededor de la vida y la muerte. Este país, que ha sabido conservar esos rasgos que lo hacen único y cautivador, nos habla como ningún otro de identidad.

SURA los invita a disfrutar de este libro para que, poco a poco, de país en país, vayamos armando un panorama de naciones vecinas donde, sin perder lo que nos diferencia, al final veamos un gran territorio hermano.

Grupo Empresarial SURA



México
cuenta

Región
Noroeste



– *Cuento* –

Los visitantes

Guadalupe Ledesma

Región Noroeste

Los contornos discrepan entre dunas, barrancas abruptas, sierras y, más allá, dos porciones de mar. En la península de Baja California, larga y angosta, coexisten desiertos y playas célebres. En la zona continental, el azul intenso del cielo cubre los paisajes extremos que solo son posibles por las condiciones climáticas, pues allí la lluvia no sigue el ritmo regular de las estaciones.

Guadalupe Ledesma

(Sinaloa, 1953-). La llegada de la imprenta a Sinaloa y la consecuente creación de periódicos, durante la primera mitad del siglo XIX, marcan el comienzo de la publicación de relatos literarios en la entidad federativa. Esta literatura seguirá su propio ritmo y recibirá resonancias de las expresiones hispanas del centro del país y el continente, como el boom latinoamericano. Ledesma pertenece a la generación que vio florecer instituciones y publicaciones culturales después del periodo de agitación social de finales de la década de 1970, que buscó alejarse de la narrativa tradicional sinaloense. Los títulos *Ajuste de cuentos* (1988) y *Otro ajuste de cuentos* (1999) reúnen sus relatos.

Los visitantes, Guadalupe Ledesma



Nadie sintió su llegada. Ni siquiera los perros. Por eso, al amanecer, los rancheros se extrañaron al notar que había venido gente a la vieja casona del pueblo. Su extrañeza aumentó cuando recordaron que un día anterior aquella casa era un muladar que las vacas habían tomado de paradero, y ahora se hallaba en completa restauración: pintada de azul cielo y con la chimenea bufando humo. En el portal colgaban dos jaulas con guacamayas que silbaban con suavidad, cosa que hizo enmudecer a los curiosos, ya que nunca se imaginaron que esas aves tuvieran capacidad para silbar, y menos con aquella armonía. Y en el jardín, donde horas atrás existiera una charca hirviendo de gusanos, se mecían las flores más bellas que los labriegos vieran jamás.

Antes de que los hombres salieran de su confusión la noticia de los foráneos ya se había difundido más allá de los cerros. De manera que a los tres días, cuando el anciano del correo arribó hasta aquellos desperdigados parajes

de chozas cercadas con cardones vivos, las viejas salieron a su encuentro para contarle que a Santa Apolonia había venido a vivir una familia que traía una orquesta tocada por guacamayas que hacían florecer rosales súbitamente.

El día transcurrió y los nuevos vecinos no se dejaron ver. Esto provocó que la curiosidad de los labradores venciera las rendijas de sus puertas para situarse bajo la sombra del guamúchil que se hallaba frente a la vieja casona.

Hubo un instante en que los hombres estuvieron a punto de derribar el portón porque un labrador comenzó a decir que los llegados de sabe dónde habían muerto antes de empezar a vivir entre ellos. Su lógica era que si durante el transcurso de una noche habían reconstruido la casa y cultivado un jardín florecido, lo hicieron porque vivían muy aprisa, al grado de que en la misma noche podían haber muerto. "Y a lo mejor ya no encontramos ni sus cenizas", decía, entusiasmado por el impacto que habían causado sus palabras.

Pero la exaltación de los hombres fue contenida por el silbido de las guacamayas, que delataban la presencia de alguien.

La siguiente noche, los campesinos se encontraban enfrascados discutiendo con ardor la tesis de "la vida que pronto pasa", cuya creación se atribuían todos, cuando los vieron aparecer. Mientras jalaban las riendas de varias mulas

rebosantes de carga, se abrían camino entre la oscuridad. Algunos labradores se santiguaron porque los asustó el aspecto fantasmal de los recién llegados. Pero no eran fantasmas. Vestían de blanco porque eran médicos y dieron las buenas noches en un español raro porque eran gringos.

Aún no amanecía y ya se conocía sobre el arribo de los doctores por todos los rumbos de la región. En la mañana, durante el almuerzo, no se hablaba de otra cosa.

–Son gringos... –decían con desconfianza las mujeres–. Igual de gringos como los que vinieron a trabajar la mina de La Bajada la otra vez. La dejaron hueca, se llevaron todo el oro y a nosotros nos dejaron a los maridos bien tísicos.

Cuando los médicos se enteraron de los comentarios, se apresuraron a aclarar sonrientes: "Pero ahora venimos en visita de buena voluntad, a curarles gratuitamente todas la enfermedades que les causó el trabajo de la mina".

Uno se llamaba Henry y el otro Paul. Ambos, enviados por un laboratorio de su país para experimentar, en su primera fase, con una serie de antibióticos que proyectaban lanzar a los mercados europeos.

El primer paciente que atendieron fue un tullido. Cuando las mujeres lo vieron salir del consultorio caminando por su propio pie, se pusieron a hacer tamales, atoles, melcochas, muñecas y payasitos de chicle de copal, y otras

tantas vendimias que les había dejado alguna ganancia en tiempos de la mina.

–Va a venir mucha gente –dijeron las mujeres– y hasta bailes volverá a haber los domingos.

Y vino mucha gente y hubo bailes los domingos.

Llegaron serreños de rostros afilados a pedir que les curaran el hambre. Traían con ellos a sus hijos enfermos. También vinieron leprosos, paralíticos, ciegos. Para todos había inyecciones, cápsulas, pomadas y vacunas.

Los médicos iniciaban sus trabajos con la salida del sol.

Con una minuciosidad que delataba un celo científico exagerado, escrutaban los cuerpos de los pacientes. Después llenaban hojas enteras en sus cuadernos de notas, detallando las observaciones.

Una vez, la columna de enfermos empezó a crecer y las puertas del consultorio no se abrían. El sol les mordía las carnes, pero nadie abandonaba el lugar: aquellos hombres estaban acostumbrados a la espera.

Cerca del mediodía, la multitud de enfermos se dispersó con resignación, al ser avisados de que los doctores se encontraban borrachos, revolcándose en un charco de vómitos a las puertas de la iglesia.

Con ojos enrojecidos y vidriosos, los médicos se balanceaban abrazados en el atrio del templo. A los hombres y

mujeres que cruzaban cerca de ellos los injuriaban y les hacían señas obscenas.

Los hombres ofendidos corrieron a la cantina y al billar a contar llenos de orgullo que los doctores gringo les habían rayado la madre. Las mujeres hicieron lo mismo. Recorrieron todas las casas del pueblo y, algunas, insatisfechas de lo que habían contado, visitaron las rancherías de los alrededores.

–Nos la mentaron clarito, clarito –decían sofocadas por la alegría–. Si hasta parecían del rancho.

En el baile del domingo, los músicos las subieron al estrado y las presentaron en cuatro ocasiones.

Las avalanchas de visitantes parecían no tener fin. Muchos venían enfermos y otros llegaban empujados por la necesidad de conocer a las guacamayas que silbaban y tocaban la orquesta.

Los santoapoloneses se sentían forasteros en su propia tierra. Cada mañana que despertaban eran más las carpas que veían levantadas a lo largo y ancho de los callejones, y en los portales de las casas amanecía un reguero de cuerpos durmiendo en las posiciones más aparatosas. A pesar de ello, aceptaban de buena gana su situación de anfitriones.

La columna de solicitantes de salud era muy larga en aquella ocasión. Las horas comenzaron a transcurrir y los

doctores no abrían el consultorio. Los pacientes creyeron que de nuevo los médicos andarían de mentamadres, rodando de borrachos, pero no fue así. Aguardaron hasta que comenzó a oscurecer, que fue cuando las guacamayas de improviso dejaron de silbar después de hacerlo día y noche por un mes consecutivo. Los hombres más viejos fueron los que se asustaron del súbito silencio de las aves, pero supieron esconder su temor. Atravesaron el cercado y subieron al portal. Escrutaron el plumaje de las guacamayas y descubrieron que eran mecánicas, accionadas por baterías eléctricas.

Como sonámbulos se dirigieron al jardín y al palpar sus rosas notaron que eran de plástico. Después, se asomaron al interior del consultorio y observaron que todos los instrumentos quirúrgicos habían desaparecido. Entonces, sin poder reprimir el temblor de sus labios, solo alcanzaron a balbucear: "Se han ido...".

Tomado de: Ledesma, G. (2006). Los visitantes. En J. Rodelo, *Cien años del cuento en Sinaloa* (pp. 150-154). Ayuntamiento de Culiacán, Consejo Ciudadano para el Desarrollo Cultural Municipal de Culiacán.

Región
Noreste



– Cuento –

Hombres en tempestad

Jorge Ferretis

Región Noreste

En la llanura árida que se dilata entre la sierra oriental y la occidental pueden encontrarse contadas poblaciones y menos cultivos; solo las plantas espinosas se han adueñado de esta amplitud. Se divisan algunas elevaciones hacia la costa del Golfo de México, que concentra la vida junto con la ribera del río Bravo. La distante capital del país y la condición fronteriza de la región propician el contacto cotidiano con Estados Unidos, apuntalado por una actividad industrial intensa y dinámica.

Jorge Ferretis

(San Luis Potosí, 1902-1962). Algunos lustros después de la Revolución mexicana, las letras nacionales miran hacia este periodo convulso en busca de la clave para comprender la realidad del país. Si bien la revuelta fue motivada por causas justas y algunas atisbaron su materialización, la mayoría naufragó en las disputas por el poder y no penetró en los sitios más recónditos. Sin alcanzar un tono de denuncia, Ferretis plasma las penurias cotidianas de la población rural, para la que pocas cosas cambiaron, como una manera de cuestionar los resultados palpables de la lucha armada. Es autor de las novelas *Tierra caliente* (1936) y *Cuando engorda el Quijote* (1937), y sus cuentos se han recopilado bajo los títulos *Hombres en tempestad* (1941), *El coronel que asesinó a un palomo* (1952) y *Libertad obligatoria* (1967).



Pocos árboles, grandes, quietos. Troncos oscuros como de roca estriada.

Comienza el mundo a desteñirse con el albor.

Muge una vaca que no se ve, como si el mugido se diluyera en la penumbra.

Al pie de uno de aquellos árboles tan solos, hay un bulto, como protuberancia del tronco, más oscuro que el color de la corteza. Pero aquel bulto es suave, tibio. Es Tata José, envuelto en su cobija de lana y encucillado junto al tronco. Viejo madrugador, de esos que se levantan antes que los gallos, y despiertan a las gallinas dormilonas.

Antes de sentarse allí, junto al tronco, ya había ido a echar rastrojos a un buey.

En una choza de enfrente, se comienza a ver lumbre entre los carrizos. Advínase adentro a una mujer, sentada sobre sus talones, en el suelo. Sopla y sopla sobre los rescoldos, hasta hacer que ardan unas ramas secas que rompía con las manos.

Del mismo jacal se ve salir luego una sombra friolenta. Es el hijo de Tata José.

Sale embozado en su cobija, hasta los ojos, como su padre. Llega junto al viejo, y se para, mudo, como pedazo de árbol. ¡Se entienden tan bien los hombres cuanto más poco se hablan!

Sin embargo, mucho después, el recién llegado dice:

–Anoche oí al tío Jesús.

–Sí –contesta el bulto empotrado junto al tronco.

–Oí que dende ajuera le pidía un güey.

–Sí –repite la voz reseca del viejo.

Tras de una pausa, se oye al muchacho insistir:

–¿Y se lo prestó?

–Pos sí, pa'que acomplete su yunta.

–¿Y' hora con qué barbechamos nosotros?

El viejo, en tono más seco aún, responde casi en son de reproche:

–Jesús 'ta mucho más atrasao que nosotros. Nu ha preparaao tierras. Y yo nu iba a negale mi güey josco.

Vuelven a quedar callados, como dos bloques de sombra. Y en aquellos bloques, el amanecer comienza a cincelar con luz rostros humanos, duros, quietos.

Se escucha entonces una voz de mujer. Y se dijera que tiene la virtud de animar esculturas. Una vieja fornida, asomando por el hueco de la choza, grita su conjuro: los llama a almorzar.

¡Almorzar! Los dos hombres acuden a sentarse junto a la lumbre. ¡Oh, aquellas tortillas que se inflan, una a una, sobre el comal! Blancura que se adelgaza entre las manos renegridas de la mujer, para dorarse luego sobre aquel barro quemante. Y unas tiras de carne seca, que por unos instantes se retuercen entre lo rojo de las brasas. Y unos tragos de café, de ese que antes de servirlo, se oye burbujar en la olla. De ese que cobija a los prójimos por dentro. ¡Aaah! Tan calentito, que cuando lo sirven hace salir del jarro una neblina olorosa, calentita y cobijadora también.

Ya más claro el día, salieron los dos de aquel jacal. Ciertamente, no habían almorzado como para hartarse; pero llevaban los estómagos a medio llenar de aquella agua de café endulzada; de maíz cocido, y hebras de carne con chile. Lo suficiente para engañar a las tripas. Y hacerlas aguantar (aunque gruñeran) hasta ya caído el sol. ¡Sus tripas! Ellas bien que se daban cuenta del precio del maíz. Bien que se daban cuenta, por la parquedad o la abundancia con que la mujer les echaba tortillas.

Tata José y su muchacho no tenían premuras, y menos aquel día. ¡Claro que no hubiera sido posible negarle el "josco" al tío Jesús!

Se echaron, cada uno, un azadón al hombro, y tomaron su vereda, monte arriba.

De las lomas levantábanse vaporcitos de niebla que dejaban los cerros limpiécitos, remendados de milpas.

Sol. Mediodía. El cielo estaba caliente. Pero allá, sobre la sierra del norte, se amontonaba negrura. Tata José con unos ojillos que le relumbraban entre arrugas, quedó un momento contemplando, lejos, aquel amontonamiento de nubes.

El hijo, mirando también, advirtió:

–¡Qué recio 'ta lloviendo allá pa'arriba!

Y siguieron azadonando terrones.

Pero sobre sus espaldas, un trueno hizo temblar los ámbitos, desdoblándose por el espacio estremecido. Si el cielo fuera de cristal azul, aquel enorme trueno lo habría estrellado. Y habría caído sobre la gente hecho trizas.

–Vámonos –dijo el Tata, echándose al hombro su azadón–. Esa tempestá nos coge.

Pero el muchacho, atrás, se detuvo con un grito señalando por una ladera, abajo, donde se contorsionaba el río:

–¡Mire, Tata!

Los dos sintiéronse como agarrotados por la misma sospecha. Todavía no llegaba la tempestad, y sin embargo, la creciente ya los había sorprendido.

Los que trabajaban al otro lado, ya no podrían vadearla. ¡Y las tierras del tío Jesús estaban allá!

El viejo y su hijo bajaron al trote por las lomas. Sobre las márgenes del río, la creciente comenzaba a arrancar platanares enteros. A los árboles grandes les escarbaba entre las raíces, hasta ladearlos, entre un estrépito de quebrazón de ramas.

Lejos, al otro lado, se deducía que algunos hombres gritaban desde una lomita. Agitaban los brazos y se desgañitaban, pero los bramidos de la corriente ya no permitían oír sus voces.

El agua subía y subía. Ya hasta dos o tres jacales habían sido arrancados de las vegas. Mujeres y gallinas, cerdos y niños, chillaban por todas partes.

Tata José y su hijo, corriendo hacia donde el río bajaba, llegaron jadeantes hasta el paralelo de las tierras del tío Jesús. Allí las vegas estaban convertidas en inmensa y alborotada laguna.

Como a un kilómetro, distinguieron al tío. Los bueyes de la yunta estaban desuncidos junto a él, y miraban la inundación, medrosos. El viejo estaba inmóvil, erguido con su larga garrocha en la mano, clavada junto a sus pies. El montículo donde estaban se iba empequeñeciendo más y más, cual si se derritiese. Inútil hasta gritar.

Enormes gotas empezaron a caer, oblicuas, desde el cielo emborronado. ¡Allí apenas empezaba a llover! ¡Y al josco se lo iba a llevar la corriente! ¡Su josco!

El Tata y su muchacho emprendieron otra vez carrera. ¡El aguacero arreciaba! A todo correr, ellos casi sentían como si las nubes los apedrearán. Eran unos gotazos tan grandes y tan fuertes, que se antojaban apuntados a reventarles los ojos. De repente, parecía como si en lo alto, entre chorros de agua tibia, mezclaran cubetazos de alcohol o de gasolina que se incendiasen entre la tormenta. Porque en el cielo empapado se abrían con fragor agujeros de lumbre. Carcajadas de un cielo borracho de tiniebla.

Hasta después de una hora, el chubasco amainó.

El Tata y su hijo, como dos duendes desesperados, andaban todavía por el lodo de las laderas, espiando sobre las aguas. De seguro la creciente habría arrastrado a su josco. Cuando el cielo se apaciguó del todo, era casi de noche. Y los dos duendes angustiados, abrían más grandes ojos entre la penumbra.

–Nu hay nada, Tata.

–Nu hay nada –contestó el viejo desolado, con la camisa y los calzones pegados al cuerpo, empapados en lluvia y en sudor.

Pero de pronto, entre basuras y palos que flotaban, distinguieron una forma que braceaba débilmente sobre las aguas.

–¿Será el tío?

–¡Jesúúús! –gritó el Tata desde la orilla.

–¡Tííoo! –asegundó el muchacho.

Braceando apenas, para no sumergirse, el tío sacudió entre las aguas la cabeza.

–¡Eeeh! –contestó con un grito apagado.

–¿'On 'ta'ljosco, tío? –preguntó a grito abierto el muchacho.

–Por ahí viene –respondió sacando fuerzas para gritar ahogadamente, señalando con el brazo hacia atrás.

Y agregó muy apenas:

–Aguárdenlo 'nel recodo.

Padre e hijo, efectivamente, distinguieron más lejos un bulto mayor. Y con el corazón a tumbos, adivinaron que era su res.

Movidos por igual impulso, antes que pensar en tirarse al agua para ayudar al tío Jesús a ganar tierra, echaron a correr hacia el recodo.

El cielo se había limpiado. Pero la luna tardaba en encender las crestas de los montes.

Y a la muy escasa luz de unas estrellas, el muchacho se tiró a la corriente, que se ensanchaba en un remedo de mar.

Braceó entre la penumbra hasta alcanzar la sombra de la res. Y nadando junto a ella, empujábala, empujábala. Había que orillarla, antes de que a ambos los sorbiese una garganta rocosa donde, a lo lejos, seguía bramando el aluvión.

Tata José, metido hasta las corvas en el agua, enronquecía entre la oscuridad, gritando a su hijo y a su josco.

Hacia la medianoche, salió la luna. Hacia la medianoche también, el muchacho, casi desfallecido, logró empujar al buey hasta la orilla. Pero aquel lugar era rocoso, y el animal, entumido por tantas horas en el agua, no podía salir.

Entre la sombra, lejos, oíanse de vez en vez confusos gritos humanos.

Desde la orilla, el viejo se aventó como una gran rana junto al buey, que ya de entumido ni mugía. Tras del chapuzón se vio al viejo manoteando hasta asirse de las ramas de un árbol que aún estaba bien cogido con sus raíces al paredón. Y así, el cuerpo magro se anudó a las ramas, para servir de retén al animal. Aquel gran volumen negro que flotaba se habría deslizado lentamente hacia la desembocadura, si Tata José no hubiera estado allí hecho nudo, atrancándolo con los pies.

El hijo salió empapado y maltrecho, y comenzó a subir lomas. Quizás en el caserío encontrase gente que quisiera bajar en su ayuda.

Era de madrugada, cuando el agua comenzó a descender. El muchacho regresó seguido al trote por su madre y por otro hombrecito de once años al que sobraban deseos de servir, pero le faltaban fuerzas. Y entre jadeos de los

cuatro, el josco, por fin, estuvo a salvo, aunque sin poderse tener sobre sus patas.

Allí amaneció, echado entre el lodazal, empanzonado de agua, con los ojos más tristes que el común de los bueyes, y el hocico en el suelo. Ni siquiera gana de pastura tenía. Inútil que el muchacho subiera a cortarle zacatón fresco.

Estuvo sin moverse toda la mañana, y Tata José quedó cuidándolo, encucillado cerca, dolorido y quieto.

Después del mediodía el animal, con las patas temblonas, intentó levantarse. Y el viejo suspiró con alivio.

Al tío Jesús lo encontraron hasta el atardecer, exánime, mucho más abajo. El agua lo había dejado en tierra, al bajar la corriente. De seguro peleó, braceando, hasta lo último.

Lo encontraron antes de que se hiciera duro, con el vientre crecido. Y lo empezaron a sacudir.

–Es que ha de ber tragao muncha agua –dijo alguien.

Y con una piedra redonda y pesada, le comenzaron a mullar aquel abultamiento. Otros le movían los brazos, cual si trabajasen con una bomba. Otros le gritaban al oído, larga, muy largamente. Le torcían la cabeza después. Y así, a estrujones y a gritos, fue volviendo a la vida. Cuando empezó a resollar y entreabrió un ojo, se alzó de todos los

circunstantes un alarido sagrado. Como si cada uno hubiese realizado, en parte, aquel milagro de resurrección.

Pasaron unos días.

Entre el caserío no acababan aún los comentarios sobre las pérdidas de cada quien; uno, su chilar; otro, tres puercos y una muchachita. El de más abajo, sus platanares llenos de racimos. Otro, su jacal y su mujer encinta. Aquel, su chivo negro. El de más allá, un jarro sin oreja, donde guardaba dineritos.

Pasaron unos días.

Una tarde, vieron salir de su jacal al tío Jesús. Eran sus primeros pasos desde la noche aciaga.

Y aquellos pasos los encaminó hacia el jacal de José. El Tata salió a recibirlo.

Como si hiciera mucho tiempo que no se veían, en aquellos rostros ajados fulgía un gozo fraterno, fuerte. Sus cuatro manos se asieron en un gran saludo.

Luego, ambos fueron a sentarse frente a la choza, junto al árbol.

El tío Jesús había ido a darle las gracias. Se las debía, por haberle prestado su buey.

Tata José, un poco avergonzado, hubiera preferido no hablar de ello.

–Yo pensaba que 'tarías nojao –le dijo sin verle la cara.

–¿Nojao? –preguntó con extrañeza Jesús.

–Pos sí, porque yo y mi muchacho nos juimos a salvar a mi josco antes qui a ti...

–¡Pero hombre! –exclamó Jesús–. Yo 'biera hecho lo mesmo! Como qui un cristiano no cuesta lo qui un güey.

¡Yo 'biera hecho lo mesmo!

Y en su rostro no había, en verdad, sombra alguna de reproche ni de rencor. En verdad, solo agradecimiento llevaba para quien había sido capaz de prestarle lo que tanto apreciaba. Sentados en la tierra, el Tata y el tío enmudecieron durante mucho rato.

Las nubes, empapadas de ocaso, se quemaban. El horizonte aparatosamente ardía, pero no impresionaba a los dos viejos, por más que les llenara con su lumbre los ojos. Ellos pensaban en la gloria de tener dos bueyes. Como el Tata. Ya podría morir tranquilo un viejo que no había malgastado su existencia. Que podía legar a su muchacho aquella fortuna con cuernos y con rabo.

En aquellas tierras, los hombres se mataban por cualquier cosa, a machetazos. O los fusilaban las patrullas por cualquier chisme. Por el hurto más insignificante, los ahorcaban. A una res, en cambio, no se le sacrificaba así como así. Había que pensarlo. A una res, así se pasara una noche dañando en milpa ajena, se le capturaba con miramientos. ¿Quién se ocuparía de pelear por adueñarse de un hombre? De una vaca, en cambio...

El tío Jesús, indiferente al cielo, sobre la tierra floja se volvía sociólogo. Y decía:

–¿Sabes cómo haría yo pa' que las gentes valiéramos más?

–¿Cómo?

–Pos si yo juera'l dueño de México, mandarí que'n los abastos se mataran gentes, y que vendieran sus carnes ¡muncho caras! como a cinco pesos la libra, hasta que nos gustara comernos.

–¿Y eso pa' qué? –preguntó el Tata mirándolo fijamente.

–Pos ansina ¿no se te afigura que ya no se desperdiciarían gentes? ¿A que en ninguna parte has mirao que se desperdicie un chivo?

–Hombre, pos no.

Y los dos viejos quedaron nuevamente silenciosos. Parecían dos figurillas de barro seco, alumbradas por la quemazón de aquellos nubarrones que el ocaso incineraba como andrajos de cielo.

Tomado de: Ferretis, J. (2000). Hombres en tempestad. En M. C. Millán, *Antología de cuentos mexicanos* (pp. 30-36). México: Grupo Patria Cultural.

– Cuento –

Los relámpagos

Luis Jorge Boone

Luis Jorge Boone

(Coahuila 1977-). Es narrador, poeta y ensayista. Su escritura ha sido reconocida con más de diez premios nacionales en los géneros por los que transita. Revistas literarias y suplementos culturales del país han publicado la obra de este exponente de la literatura del Norte, que también ha colaborado como compilador de cuentos y poesía. De su producción destacan los libros de relatos *La noche caníbal* (2008), *Largas filas de gente rara* (2012) y *Figuras humanas* (2017), y los poemarios *Traducción a lengua extraña* (2007), *Los animales invisibles* (2010) y *Bisonte mantra* (2016).

El aventón ya no se lo pedimos a cualquiera. Al principio no éramos tan exigentes con los que se detenían al vernos, ahí, a un lado de la avenida, junto a la estatua del indio, recién salidos de la facultad, cargando maletas y mochila, sin dinero para el autobús o con espíritu de aventura, atentos a la generosidad de los que pasan. Pero pronto aprendimos que no cualquiera aguanta dos horas en la caja de una camioneta sin buenos amortiguadores; no cualquiera se mete en un auto del año de la canica, sin clima, con un conductor más viejo que el vehículo, que no quiere abrir las ventanillas porque el polvo del desierto se le mete a los ojos.

A veces se detenía gente que ya nos tenía ubicados. Un par de veces nos pasó, unos trailers que transportaban rollos de acero nos preguntaron: “¿Que ustedes no son los doctores?”. O gente que iba para Monclova nos llevaba y nos hacía prometerle, medio en broma y medio en serio, que cuando pusiéramos consultorio los atenderíamos gratis.

Samuel viajó con nosotros una sola vez. Se nos acercó, evitando maletas y grupos de estudiantes, como si nada, como si cada semana hiciera lo mismo: estrecharnos las manos, dejar una mochila casi vacía sobre el polvo que se acumula a la orilla del asfalto y preguntar cómo nos iba. Otro que no quiere irse solo, pensamos.

Samuel saludó a Toni por su nombre. Pero hasta los conductores que pasaban la orilla sin frenar notaron la expresión de perplejidad que puso mi amigo. Me acerqué y le pregunté de dónde lo conocía. No estaba seguro. Podía ser por Cristina, dijo intentando recordar. Había salido hace poco con ella, estudiante de psicología, reventada a morir, se pasó ese par de meses de fiesta en bares. Creo que estaba en su grupo, chanza y era su amigo. La verdad es que nunca les había prestado atención, más allá de asegurarse de saludarlos con la mano correcta. “Claro, todos los sicólogos estamos locos”, dijo Samuel cuando le pregunté si estudiaba psicología, y puso un pie en el asfalto, dejando su integridad física en manos de la probable exactitud de direcciones hidráulicas y mecánicas. Una camioneta se detuvo. “Voy yo”, dijo. Cuando la dejó ir pensamos que algo había pasado, pero luego, cuando hizo lo mismo con otros dos vehículos, de plano nos sentimos molestos.

–Nada más cabían dos.

–Ni lo dejaste hablar.

–¿No lo viste? La barba por casa de la chingada, los ojos rojos, la gorra de Bardahl y el jumper todo manchado de aceite.

–¿A poco te da vergüenza que te vean con un tipo así?

–No. Pero... –dudó un segundo, casi nada– es algo, me da la impresión de que ese hombre sueña que mata personas a mano limpia.

Los tres decidíamos que íbamos a dejarlo en la cuneta, tragándose el polvo del siguiente vehículo que parase, cuando Samuel nos jalonó, diciendo que estaba arreglado, que una pareja joven nos llevaría en el camper de su camioneta, solo debíamos tener cuidado con las cajas donde llevaban vajillas y manteles.

–Han de ser satanistas. Son cosas para misas negras –dijo Toni.

Samuel se le quedó viendo seriamente, pero la razón de su desconcierto quedaba más allá del tono de mi amigo.

–Nomás a ti se te ocurre –dijo, con una de esas sonrisas extraviadas que responden a una broma que nadie ha hecho.

El camper ocupaba solo la mitad de la caja, un pequeño sombrero embutido en una cabeza monumental, y no tenía puerta trasera, así que pudimos ver cómo nos alejábamos de la zona industrial de Saltillo y enfilábamos rumbo a la carretera vieja.

–Me hubieran dejado conducir –dijo Omar, que solo hablaba para quejarse–. ¿A poco no conocen la salida nueva? Ya inventaron la línea recta.

Empezaron las curvas, los desniveles pronunciados que terminaban en la epifanía de una pequeña zona de derrumbes llamada Las Imágenes. Una extensión de desierto ocupada por promontorios de tierra, algunos breves y otros grandísimos, esculpidos por el antojo de la intemperie, amontonamientos que semejan inmensos nidos vacíos de termitas o ruinas de rascacielos miniaturas que se han colapsado hacia el sótano, cañones cuyos bordes parecen de cera derretida.

Empezamos a platicar. Mencionamos de pasada a la psicóloga de Toni y sus reuniones obligatorias de los viernes.

–Yo nunca voy a fiestas –dijo Samuel–. Ni a clases.

–Ya. ¿Y vas a decir por qué te da miedo la gente? –embistió Toni.

–¿A ti no? –La voz de Samuel apenas vencía la fuerza del viento que se colaba por el hueco de la puerta trasera–. A veces uno no sabe exactamente con quién viaja.

–Lo único que conseguiste fue que saliéramos tarde.

–Pero vamos a llegar. ¿Cuánta gente va por la carretera –abrió su chamarra y la hoja dentada y larga de un cuchillo asomó apenas–, sin saber si va a llegar o no a su destino –nosotros lo escuchábamos, muy quietos, vueltos piedra?–.

Vas en el asiento del copiloto, haciendo plática a un desconocido, viendo por las ventanillas el atardecer, feliz porque viajas sin pagar, sin saber que quizá sea la última vez. ¿De veras creen que las cosas se obtienen gratis?

Los muchachos y yo debimos inventarnos cien películas diferentes cada uno, pero seguro todas incluían a un loco pidiendo aventón en solitarias carreteras del norte para destazar a sus víctimas con un cuchillo de campamento.

–Es para defenderme.

–Claro –dije.

–¿Dirían que vamos como a cien kilómetros por hora?

–Omar respondió que más o menos.

–Entonces falta como media hora –y empezó a contar–. “Hace dos meses pedí aventón en el mismo lugar donde nos levantaron. Un jueves. Nomás yo estaba al pie de la estatua del indio. Casi nadie pasaba y nadie se detenía. Regresaba con mi mochila a rastras cuando, al pasar frente a una gasolinera, escuché a un hombre de sombrero vaquero decirle al despachador que le llenara el tanque y le calibrara las llantas porque salía rumbo a Piedras Negras.

“El hombre entró al autoservicio, lo esperé hasta que salió, y le pregunté si podía dejarme en Sabinas. Me miró por un rato demasiado largo; luego, como si me notara por primera vez, sonrió torciendo los labios y dijo que claro,

que podía viajar en la caja. El motor arrancó y sonó como si fuera a quebrarse. Me sorprendió la velocidad a la que podía ir esa camioneta tan vieja, el roce del aire debía contribuir a arrancarle costras de la pintura roja. El aire frío del desierto me cortaba la cara, y me refundí en una esquina de la caja. El hombre me vio por el retrovisor mientras me acomodaba, y subió el pulgar, como diciéndome que todo marchaba bien, o tal vez que yo me lo había buscado.

“El aire estaba húmedo, olía a tierra mojada. Hacía frío. Pensé en decirle que no fuera mala onda, que me dejara ir adelante, pero cuando volteé hacia la cabina, me pareció ver como si el hombre platicara con alguien. No vi si llevaba perro, o algo. Manoteaba, movía la cabeza, hasta se reía. Pensé que quizás era de esas personas que tratan a los animales como personas, y viceversa.

“Como a la hora de camino, llegamos a La Muralla. Las montañas interrumpieron la oscuridad plana del desierto, el brazo de la Sierra Madre Oriental que atraviesa la carretera 57, en medio de cerros que parecen paredes. El hombre redujo la velocidad a un nivel peligroso, como si quisiera ver bien las piedras enormes que se levantaban justo en los límites de la cinta asfáltica, como torres jorobadas. Vi hacia arriba: las siluetas puntiagudas se recortaban contra las nubes. En el otro extremo de la carretera, un barranco se abría junto con el recuerdo de cientos de accidentes.

“El vehículo se detuvo. Las luces se apagaron y una luz muerta iluminó el paisaje. Truenos en la distancia. Estábamos en el descanso que hay a la mitad de los diez kilómetros y medio que dura La Muralla. Iba a llover.

“—Bájate a echar una firma. ¿O qué? ¿Con tanto frío no te han dado ganas de mear?

“El lugar era una especie de balcón donde cabían dos o tres autobuses. Una barda no muy alta de piedra marcaba el inicio del barranco. Recientemente habían remodelado la carretera, ampliado los carriles y acondicionado el paradero. Busqué la estatua de un oso erguido sobre las patas traseras que las autoridades habían puesto ahí sin que viniera mucho al caso. Fui hasta ella y oriné. El aire arreciaba por momentos.

“—¿Sabías que se han robado ese pinche oso como tres veces? —gritó el hombre desde su puesto—. El que se lo roba lo tira por ahí, alguien reporta que lo vio allá por La Hacienda de Guadalupe y lo traen de regreso. El que se lo lleva es un bromista. Pero, si a bromas vamos, ¿a santo de qué un oso de bronce en pleno desierto? ¿Para ver qué cara ponemos? —no volteé a verlo, pues no quería salpicarme los zapatos, pero la voz del hombre se extinguía poco a poco, como alejándose—. Y se lo van a llevar de nuevo, te lo aseguro, y lo van a encontrar y lo van a traer otra vez —y se carcajeó con sonidos toscos.

“Me subí la bragueta y empezaron los relámpagos. La sucesión azarosa de extrema oscuridad y luz intensa era desconcertante. El viento me golpeaba.

“Tuve miedo de que el viejo cabrón se largara de ahí y me dejara en medio de la nada. Un relámpago me mostró la camioneta. Me acerqué a ella tratando de adivinar dónde estaría el hombre; la grava crujía con mis pasos, haciéndome resbalar de pronto, delatando que corría más rápido a medida que me entraba la ansiedad.

“Escuché un ruido. Ramas quebrándose, o tierra que se desliza cuesta abajo. Otra vez. El barranco. Un relámpago duró más de lo habitual, vi la barda de piedra y me acerqué sin pensarlo. Me asomé y el siguiente relámpago me permitió reconocer la forma serpenteante de una especie de sendero que se adentraba al fondo del barranco. La dirección del viento cambiaba, jalándome hacia el despeñadero. Me aferré al borde. Otro relámpago me mostró el fondo. Otra ráfaga llegó desde atrás y sentí como si alguien pasara junto a mí durante un segundo y se riera muy despacio, junto a mi oreja, para alejarse después, como si estuviera montado en el viento. La contemplación súbita del fondo del barranco me mareó. El frío. Busqué la camioneta, decidido a meterme en la cabina. Al momento de dar el primer paso en el piso inestable, sentí que una ráfaga disparada desde algún lugar de la oscuridad me golpeó el pecho, impulsándome como si

tuviera manos, como si pudiera jalarme y luego soltarme, y dejarme colgando en el vacío, aferrado a la barda, buscando desesperadamente la manera de apoyar los pies en la nada.

“Estuve menos de un minuto colgando en el barranco. El vértigo me desubicó: creí que el cielo me atraía a caer, que sobre mi cabeza se alzaba el abismo. Los relámpagos dibujaban un mapa que no correspondía con la realidad, un mapa que me invitaba a perderme en él. Les puedo jurar que con uno de esos desgarros de luz pude ver en lo alto de la montaña, tan lejos que ahora me parece imposible haber distinguido algo, una figura que se asomaba, como esperando observar mi caída. La figura de un hombre. Un hombre que llevaba sombrero.

“Logré subir y las primeras gotas cayeron sobre la grava. La voz me sobresaltó al escucharla tan cerca.

“—Ya estuvo. Hay que llegarle —quise preguntarle a dónde había ido, cómo había bajado, para qué; pero no, mejor no—. Vente adelante si quieres.

“Salté a la caja y el hombre se carcajeó. Murmuró, subió a la cabina y puso reversa hasta quedar frente al oso. Sacó una mano por la ventanilla y señaló la estatua con el índice. Algo dijo, estoy seguro, pero no alcancé a escucharlo. Luego soltó una carcajada. Agradecí cuando emprendimos de nuevo el camino, como almas que lleva el diablo. Lo último que importaba era que nos pudiéramos voltear.

“Me bajé en el semáforo de Castaños, aprovechando porque nos tocó el rojo. Estaba empapado. Apuré un gracias y me dirigí a la central de autobuses. El viejo cabrón ni siquiera volteó a verme”.

Ya no volvería a hablar. Samuel se cubrió la cabeza con la chamarra, se recostó en la caja, y se puso las manos en los oídos.

Estábamos cruzando La Muralla. Pasamos el paradero. Nadie dijo nada.

En lo alto, las crestas irregulares de las montañas dibujaban contra el cielo un mapa donde las tinieblas cobraban gradaciones. El negro absoluto de la tierra suspendida, contra el negro del cielo, roto apenas por estrellas más pequeñas que el brillo de un alfiler en un pozo profundo.

Omar, Toni y yo nos bajamos en el cruce de Madero y Juárez. Samuel no se movió, siguió enroscado y cubierto. Ninguno de nosotros se le acercó; no habíamos olvidado el cuchillo. Agradecemos a la pareja y nos alejamos. Tampoco les advertimos nada.

El aventón ya no se lo queremos pedir a cualquiera, y es más difícil que alguien nos lleve. Y es que la carrera de medicina es pesada, hay que leer mucho, estudiar los fines de semana. Ayer, Omar dijo que la próxima vez tomaría el autobús. Toni, que iba a dejar de ir por un rato, que ya tiene novia acá. Y a mí, la verdad, nada más de imaginarme

pidiendo aventón, de suponer que una camioneta roja, muy vieja, se detiene, y un hombre de sombrero se asoma desde la cabina y dice “súbete”, de pensar que tendría que hacerme el sordo y alejarme, la verdad, a esas alturas, la idea de viajar de aventón me parece demasiado complicada, una mala costumbre que debo dejar.

Tomado de: Boone, J. L. (2014). Los relámpagos. En J. L. Boone, *Cavernas*. México: Era.

Región
Occidente



– *Cuento* –

Las vacas de Quiviquinta

Francisco Rojas

Región Occidente

Las sierras, con sus cumbres boscosas, corren al lado de la costa del Pacífico. Arena, palmeras y un clima casi caribeño hacen estas playas memorables. En las cimas del muro serrano, el frío se instala en el aire. Al descender en dirección opuesta al litoral, surgen las lagunas más vastas del país y dos ríos vitales que nutren tierras planas y fértiles. La vivencia del Occidente es un trayecto permanente entre los dos flancos de la serranía.

Francisco Rojas

(Guadalajara, 1904-1951). Antropólogo de formación y con una actividad académica sobresaliente, incursionó en el ámbito literario con relatos recreados en escenarios urbanos, rurales y revolucionarios. Sus agudas observaciones sobre la vida de las comunidades originarias muestran una sensibilidad peculiar hacia las condiciones de pobreza y marginación de sus personajes. Sus letras manifiestan la desilusión causada por los exiguos frutos de la Revolución mexicana, común entre sus contemporáneos. De su producción literaria se distinguen las novelas *La negra Angustias* (1944), *Lola Casanova* (1947), y las recopilaciones póstumas de cuentos *El diosero* (1952), *La venganza de Carlos Mango y otras historias* (1952) y *Obra literaria completa* (1999).



Los perros de Quiviquinta tenían hambre; con el lomo corvo y la nariz hincada en los baches de las callejas, el ojo alerta y el diente agresivo, iban los perros de Quiviquinta; iban en manadas, gruñendo a la luna, ladrando al sol, porque los perros de Quiviquinta tenían hambre...

Y también tenían hambre los hombres, las mujeres y los niños de Quiviquinta, porque en las trojes se había agotado el grano, en los zarzos se había consumido el queso y de los garabatos ya no colgaba ni un pingajo de cecina...

Sí, había hambre en Quiviquinta; las milpas amarillearon antes del jiloteo y el agua hizo charcas en la raíz de las matas; el agua de las nubes y el agua llovida de los ojos en lágrimas.

En los jacales de los coras se había acallado el perpetuo palmoteo de las mujeres; no había ya objeto, supuesto que al faltar el maíz, faltaba el nixtamal y al faltar el nixtamal, no había masa y sin esta, pues tampoco tortillas y al no haber tortillas, era que el perpetuo palmoteo de las mujeres se había acallado en los jacales de los ceras.

Ahora, sobre los comales, se cocían negros discos de cebada; negros discos que la gente comía, a sabiendas de que el torzón precursor de la diarrea, de los "cursos", los acechaba.

–Come, m'hijo, pero no bebas agua –aconsejaban las madres.

–Las gordas de cebada no son comida de cristianos, porque la cebada es "fría" –prevenían los viejos, mientras llevaban con repugnancia a sus labios el ingrato bocado.

–Lo malo es que para el año que'ntra ni semilla tendremos –dijo Esteban Luna, mozo lozano y bien puesto, quien ahora, sentado frente al fogón, miraba a su mujer, Martina, joven también, un poco rolliza pero sana y frescachona, que sonreía a la caricia filial de una pequeñuela, pendiente de labios y manecitas de un pecho carnudo, abundante y moreno como cantarito de barro.

–Dichosa ella –comentó Esteban– que tiene mucho de donde y de qué comer.

Martina rio con ganas y pasó su mano sobre la cabecita monda de la lactante.

–Es cierto, pero me da miedo de que s'empache. La cebada es mala para la cría...

Esteban vio con ojos tristes a su mujer y a su hija.

–Hace un año –reflexionó–, yo no tenía de nada y de nadie por que apurarme. Ahoy dialtiro semos tres... Y con l'hambre que si'ha hecho andancia.

Martina hizo no escuchar las palabras de su hombre; se puso de pie para llevar a su hija a la cuna que colgaba del techo del jacal; ahí la arropó con cuidados y ternuras. Esteban seguía taciturno, veía vagamente cómo se escapaban las chispas del fogón vacío, del hogar inútil.

–Mañana me voy p'Acaponeta en busca de trabajo...

–No, Esteban –protestó ella–. ¿Qué haríamos sin ti yo y ella?

–Fuerza es comer, Martina... Sí, mañana me largo a Acaponeta o a Tuxpan a trabajar de peón, de mozo, de lo que caiga.

Las palabras de Esteban las había escuchado desde las puertas del jacal Evaristo Rocha, amigo de la casa.

–Ni esa lucha nos queda, hermano –informó el recién llegado–. Acaban de regresar del norte Jesús Trejo y Madaleno Rivera; vienen más muertos d'hambre que nosotros... Dicen que no hay trabajo por ningún lado; las tierra están anegadas hasta adelante de Escuinapa... ¡Arregúlale nomás!

–Entonces... ¿Qué nos queda? –preguntó alarmado Esteban Luna.

–¡Pos vé tú a saber...! Pu'ay dicen quesque viene maíz de Jalisco. Yo casi no lo creo... ¿Cómo van a hambriar a los de po'allá nomás pa' darnos de tragar a nosotros?

–Que venga o que no venga maíz, me tiene sin cuidado orita, porque la vamos pasando con la cebada, los

mezquites, los nopales y la guálmara... Pero pa' cuando lleguen las secas ¿qué vamos a comer, pues?

–Ai' stá la cuestión... Pero las cosas no se resuelven largándonos del pueblo; aquí debemos quedarnos. Y más tú, Esteban Luna, que tienes de quen cuidar.

–Aquí, Evaristo, los únicos que la están pasando regular son los que tienen animalitos; nosotros ya echamos a l'olla el gallo... Ahí andan las gallinas sólidas y viudas, escarbando la tierra, manteniéndose de pinacates, lombrices y grillos; el huevito de tierra que dejan pos es pa' Martina, ella está criando y hay que sustanciarla a como dé lugar.

–Don Remigio "el barbón" está vendiendo leche a veinte centavos el cuartillo.

–¡Bandidazo...! ¿Cuándo se había visto? Hoy más que nunca siento haber vendido la vaquilla... Estas horas ya' staría parida y dando leche... ¿Pa' qué diablos la vendimos, Martina?

–¡Cómo pa' qué, cristiano...! ¿A poco ya no ti' acuerdas? Pos p'habilitarnos de apero hor'un'año.

¿No mercates la coa? ¿No alquilates dos yuntas? ¿Y los pioncitos que pagates cuando l'ascarda?

–Pos ahoy, verdá de Dios, me doy de cabezazos por menso.

–Ya ni llorar es bueno, Esteban... ¡Vámonos aguantando tantito a ver qué dice Dios! –agregó resignado Evaristo Rocha.



Es jueves, día de plaza en Quiviquinta. Esteban y Martina, limpiecitos de cuerpo y de ropas van al mercado, obedeciendo más a una costumbre, que llevados por una necesidad, impelidos mejor por el hábito que por las perspectivas que pudiera ofrecerles el "tianguis" miserable, casi solitario, en el que se reflejan la penuria y el desastre regional, algunos "puestos" de verduras marchitas, lacias; una mesa con vísceras oliscadas, cubiertas de moscas; un cazo donde hierven dos o tres kilos de carne flaca de cerdo, ante la expectación de los perros que, sobre sus traseros huesudos y roñosos, se relamen en vana espera del bocado que para sí quisieran los niños harapientos, los niños muertos de hambre que juegan de manos, poniendo en peligro la triste integridad de los tendidos de cacahuates y de naranjas amarillas y mustias.

Esteban y Martina van al mercado por la Calle Real de Quiviquinta; él adelante, lleva bajo el brazo una gallinita "búlique" de cresta encendida; ella carga a la chiquilla. Martina va orgullosa de la gorra de tira bordada y del blanco roponcito que cubre el cuerpo moreno de su hijita.

Tropiezan en su camino con Evaristo Rocha.

–¿Van de compras? –pregunta el amigo por saludo.

–¿De compras? No, vale, está muy flaca la caballada; vamos a ver qué vemos... Yo llevo la búlque por si le hallo marchante... Si eso ocurre, pos le merco a ésta algo de "plaza"...

–¡Que así sea, vale... Dios con ustedes!

Al pasar por la casa de don Remigio "el barbón", Esteban detiene su paso y mira, sin disimular su envidia, cómo un peón ordeña una vaca enclenque y melancólica, que aparta con su rabo la nube de moscas que la envuelve.

–Bien'haigan los ricos... La familia de don Remigio no pasa ni pasará hambre... Tiene tres vacas. De malas cada una dará sus tres litros... Dos p'al gasto y lo que sobra, pos pa' venderlo... Esta gente sí tendrá modo de sembrar el año que viene; pero uno...

Martina mira impávida a su hombre. Luego los dos siguen su camino.

Martina descortiza con sus dientes chaparros, anchos y blanquísimos, una caña de azúcar. Esteban la mira en silencio mientras arrulla torpemente entre sus brazos a la niña que llora a todo pulmón.

La gente va y viene por el tianguis, sin resolverse siquiera a preguntar los precios de la escasa mercancía que los tratantes ofrecen a grito pelado... ¡Está todo tan caro!

Esteban, de pie, aguarda. Tirada, entre la tierra suelta, alea, rigurosamente maniatada, la gallinita búlque.

–¿Cuánto por el mole? –pregunta un atrevido, mientras hurga con mano experta la pechuga del avecita para cerciorarse de la cuantía y de la calidad de sus carnes.

–Cuatro pesos –responde Esteban...

–¿Cuatro pesos? Pos ni que juera ternera...

–Es pa' que ofrezcas, hombre...

–Doy dos por ella.

–No... ¿A poco crés que me la robé?

–Ni pa' ti, ni pa' mí... Veinte reales.

–No, vale, de maíz se los ha tragado.

Y el posible comprador se va sin dar importancia a su fracasada adquisición.

–Se l'hubieras dado, Esteban, ya tiene la güevera seca de tan vieja –dijo Martina.

La niña sigue llorando; Martina hace a un lado la caña de azúcar y cobra a la hija de los brazos de su marido. Alza su blusa hasta el cuello y deja al aire los categóricos, los hermosos pechos morenos, trémulos como un par de odres a reventar. La niña se prende a uno de ellos; Martina, casta como una matrona bíblica, deja mamar a la hija, mientras en sus labios retoza una tonadita bullanguera.

El rumor del mercado adquiere un nuevo ruido; es el motor de un automóvil que se acerca. Un automóvil en Quiviquinta es un acontecimiento raro. Aislado el pueblo de la carretera, pocos vehículos mecánicos se atreven por

brechas serranas y bravías. La muchachada sigue entre gritos y chacota al auto que, cuando se detiene en las cercanías de la plaza, causa curiosidad entre la gente. De él se apea una pareja: el hombre alto, fuerte, de aspecto próspero y gesto orgulloso; la mujer menuda, debilucha y de ademanes tímidos. Los recién llegados recorren con la vista al tianguis, algo buscan. Penetran entre la gente, voltean de un lado a otro, inquietan y siguen preocupados en su búsqueda.

Se detienen en seco frente a Esteban y Martina; esta, al mirar a los forasteros se echa el rebozo sobre sus pechos, presa de súbito rubor; sin embargo, la manobra es tardía, ya los extraños habían descubierto lo que necesitaban:

-¿Has visto? -pregunta el hombre a la mujer.

-Sí -responde ella calurosamente-. ¡Esa, yo quiero esa, está magnífica...!

-¡Que si está! -exclama el hombre entusiasmado.

Luego, sin más circunloquios, se dirige a Martina:

-Eh, tú, ¿no quieres irte con nosotros? Te llevamos de nodriza a Tepic para que nos críes a nuestro hijito.

La india se queda embobada, mirando a la pareja sin contestar.

-Veinte pesos mensuales, buena comida, buena cama, buen trato...

-No -responde secamente Esteban.

-No seas tonto, hombre, se están muriendo de hambre y todavía se hacen del rogar -ladra el forastero.

-No -vuelve a cortar Esteban.

-Veinticinco pesos cada mes. ¿Qui' húbole?

-No.

-Bueno, para no hablar mucho, cincuenta pesos.

-¿Da setenta y cinco pesos? Y me lleva a "media leche"

-propone inesperadamente Martina.

Esteban mira extrañado a su mujer; quiere terciar, pero no lo dejan.

-Setenta y cinco pesos de "leche entera"... ¿Quieres?

Esteban se ha quedado de una pieza y cuando trata de intervenir, Martina le tapa la boca con su mano.

-¡Quiero! -responde ella. Y luego al marido mientras le entrega a su hija-: Anda, la crías con leche de cabra mediada con arroz... a los niños pobres todo les asienta. Yo y ella estamos obligadas a ayudarte.

Esteban maquinalmente extiende los brazos para recibir a su hija.

Y luego Martina con gesto que quiere ser alegre:

-Si don Remigio "el barbón" tiene sus vacas d'ionde sacar el avío pal'año que'ntra, tú, Esteban, también tienes la tuya... y más rendidora. Sembraremos l'año que'ntra toda la parcela, porque yo conseguiré l'avío.

–Vamos –dice nervioso el forastero tomando del brazo a la muchacha.

Cuando Martina sube al coche, llora un poquitín.

La mujer extraña trata de confortarla.

–Estas indias coras –acota el hombre– tienen fama de ser muy buenas lecheras...

El coche arranca. La gente del tianguis no tiene ojos más que para verlo partir.

Esteban llama a gritos a Martina. Su reclamo se pierde entre la algarabía.

Después toma el camino hacia su casa; no vuelve la cara, va despacio, arrastrando los pies... Bajo el brazo, la gallina búlique y, apretada contra su pecho, la niña que gime huérfana de sus dos cantaritos de barro moreno.

Tomado de: Rojas, F. (1993). Las vacas de Quiviquinta. En F. Rojas, *El diosero* (pp. 24-31). México: Fondo de Cultura Económica.

Región
Centro



– Cuento –

La cabra en dos patas

Francisco Rojas

Región Centro

El centro ocupa un espacio compacto en el que se amontonan valles generosos, volcanes, lagunas, sierras y ríos. Entre un llano tropical, con vegetación abundante, y otro templado, puede haber cimas tórridas, casi desérticas. Las montañas enmarcan siempre los paisajes, pues en las planicies se han fundado ciudades y lo que antes era una cuenca dio paso a la ciudad más poblada de Latinoamérica, vórtice de los caminos y la vida del país.

Francisco Rojas

(Guadalajara, 1904-1951). Antropólogo de formación y con una actividad académica sobresaliente, incursionó en el ámbito literario con relatos recreados en escenarios urbanos, rurales y revolucionarios. Sus agudas observaciones sobre la vida de las comunidades originarias muestran una sensibilidad peculiar hacia las condiciones de pobreza y marginación de sus personajes. Sus letras manifiestan la desilusión causada por los exiguos frutos de la Revolución mexicana, común entre sus contemporáneos. De su producción literaria se distinguen las novelas *La negra Angustias* (1944), *Lola Casanova* (1947), y las recopilaciones póstumas de cuentos *El diosero* (1952), *La venganza de Carlos Mango y otras historias* (1952) y *Obra literaria completa* (1999).



En un recodo de la vereda, donde el aire se hace remolino, Juá Shotá, el otomí, echó raíces. Entre el peñascal, donde el sol se astilla, el vagabundo hizo alto. Una roca le brindó sombra a su cuerpo, como el valle le ofreció reposo y deleite a su vista. En torno de él, las cañas de maíz crecían si acaso dos cuartas y se mustiaban enfermas de endebleces. El indio fue testigo impávido de las lágrimas y del sudor vertidos sobre la sementera para apagar la sed de los sembradíos y el hambre de los sembradores.

Pegado a la roca, aclimatado como los árboles peruanos, viviendo como el maguey, sobre la epidermis de un manto calcáreo, Juá Shotá hacía su vida a un ritmo vegetal.

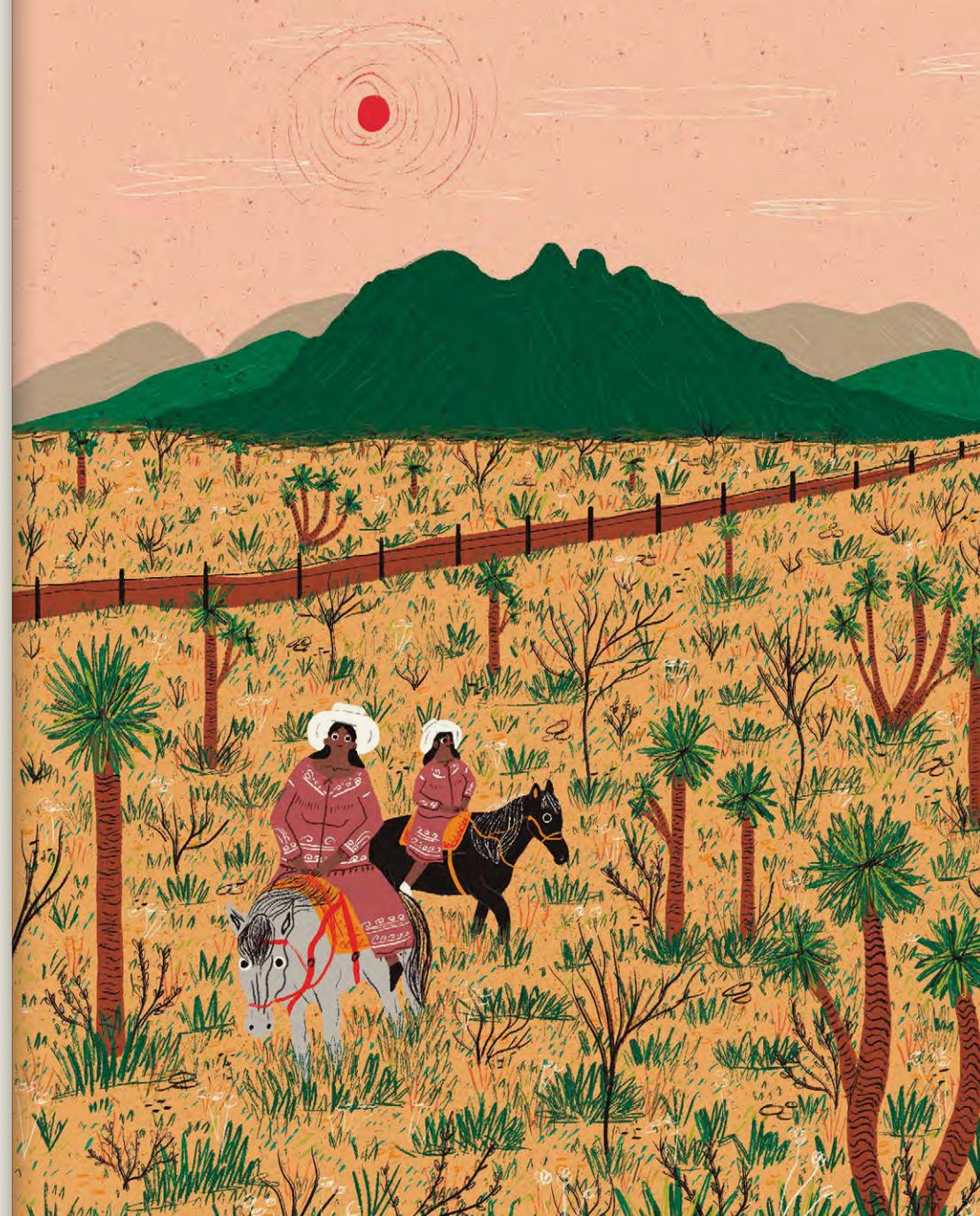
Ofrecía al peregrino una jícara de pulque, en los precisos instantes en que las piernas flaqueaban y la lengua se pegaba al paladar. La gratificación por el servicio era modesta, aunque constante, tanto, que un día del peñasco brotó un techado que era flor del temple, nata del

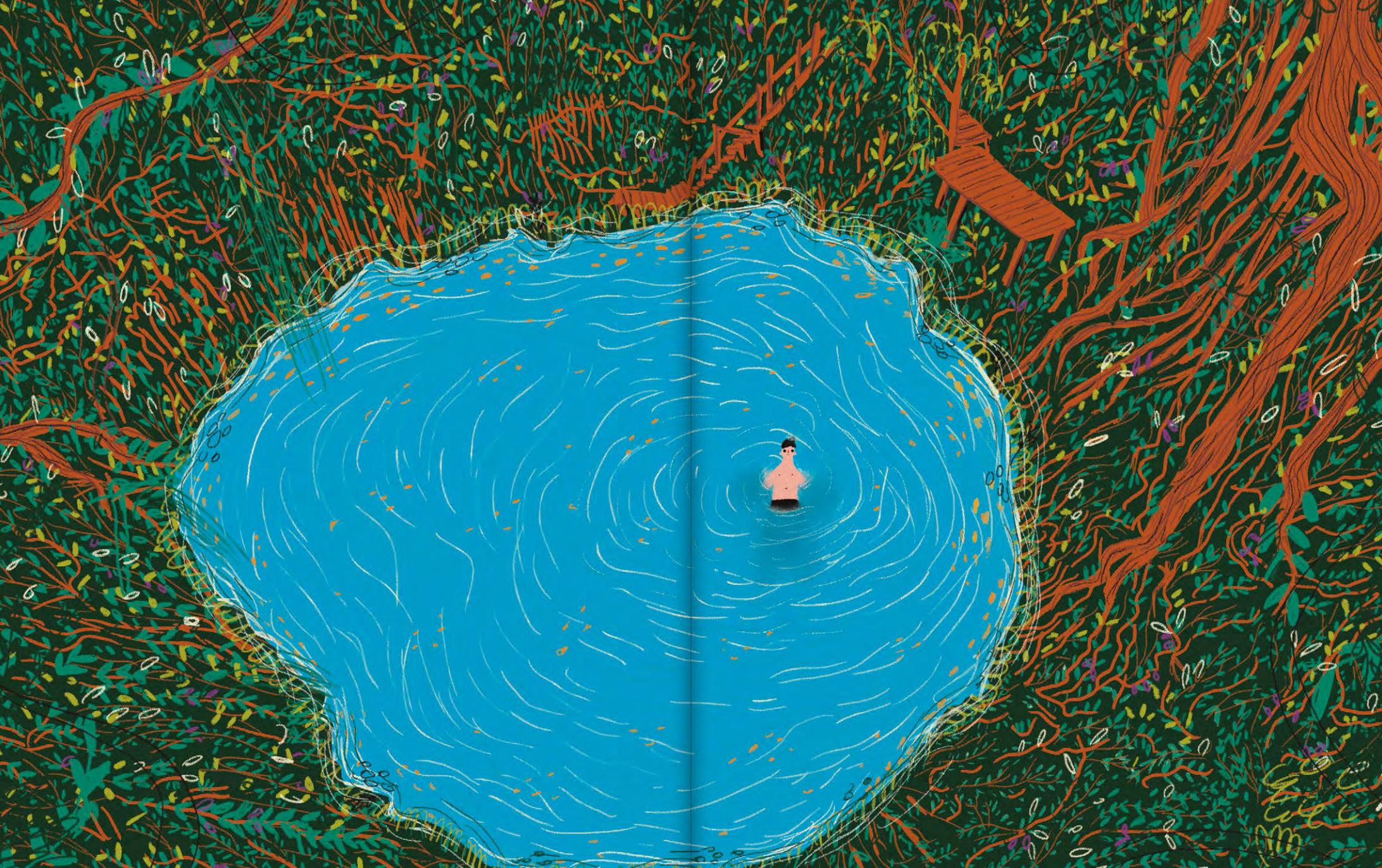
clima. Un techado que se ofrecía todo al caminante, quien nunca soslayaba la satisfacción de permanecer un ratito bajo su sombra.

Cuando al fondo del jacal apareció un armazón de maderos atados con cabos de fibra de lechuguilla y sus huecos cubiertos con botellas de etiquetas policromas: “limonada”, “ferroquina”, “frambuesa”, o con paquetes de cigarrillos de tabaco bravo o con latas de galletas endurecidas o con mecapales y ayates –utensilios estos últimos indispensables en el ventorro, cuya clientela de cargadores y buhoneros los reclamaba–, entonces llegó María Petra, obediente al llamado de Juárez Shotá, su marido.

Una tarde, de entre los peñascos, como un hongo, surgió la mujer. Venía fatigada; sobre su frente caían madejas negras de pelo; su cuerpo trasudaba la manta que lo cubría; los pies endurecidos se montaban alternativamente uno sobre otro buscando descanso. Doblegada por el peso de la impedimenta envuelta en un ayate, las tetas campaneaban al aire. La viajera no traía las manos vacías; en ellas jugaba un malacate que torcía, torcía siempre un cordel que acariciaba pulgar e índice: hilo de ixtle, que es urdimbre y es trama de la vida india.

Juárez Shotá salió a su encuentro y tuvo para ella palabras de bienvenida. Luego preguntó por algo que no veía; ella, haciendo una mueca, se descargó y del bulto extrajo un







atado del que brotaban vagidos. A poco Juá Shotá acariciaba a la hija desmedrada y feúcha María Agrícola.

La madre, sin osar mirarlos, sonreía.



La grieta donde se encajaba la vereda se fue ensanchando al paso del atajo de años. La venta de Juá Shotá había crecido y cobrado crédito: caminante que pasaba por aquella vía huraña, caminante que detenía su paso en el tenducho para echar al gznate un trago de aguardiente o para refrescarse con una tinajilla de pulque. Juá Shotá era ya un hombre gordo, de ademanes y decir desparpajados. Vestía ropa blanquísima y calzaba huaraches de vaqueta. Para estar a la altura de su nueva condición, había traducido su patronímico, ahora la clientela lo conocía como don Juan Nopal. En cambio, María Petra se agostaba en las duras labores de puerta adentro, en lucha eterna con los pétreos cachivaches que formaban el menaje doméstico.

La niña creció entre riscos y abras. Sus carnes cobrizas asomaban por entre los guiñapos que vestía, la cara chata hacía marco a los ojos de cervatilla y su cuerpo elástico combinaba líneas graciosas con rotundeces prietas.

María Agrícola vivía aislada del mundo; don Juan Nopal y María Petra, el uno absorbido por las atenciones del

ventorro y la otra entregada a los cuidados del hogar, se olvidaban de la rapaza, quien pasaba todo el día en el campo. Allí corría de peña en peña, mientras llevaba el ganado al abrevadero. Comía tunas y mezquites; reñía con el lobo, espantaba al tigrillo y lapidaba, despreciativa, al pastor su vecino que con sospechosas intenciones trató, más de una vez, de salirle al paso. Cuando la tarde se iba, echaba realada y canturreando una tonadita seguía a su rebaño, para dejarlo seguro en el corral de breñas, no sin antes conjurar a las bestias dañinas con palabras solemnes y misteriosas. Entonces regresaba a casa, consumía una buena ración de tortillas con chile, bebía un jarro de pulque y se echaba sobre el petate, cogida por las garras del sueño.

La clientela de don Juan Nopal iba en aumento. Por la venta desfilaban los caminantes: arrieros de la sierra, mestizos jacarandosos y fanfarrones, que llegaban hasta las puertas del tenducho, mientras afuera se quedaban pujando al peso de la carga de azúcar, de aguardiente o de frutas del semitrópico, las acémilas sudorosas y trasijadas. Aquellos favorecedores charlaban y maldecían a gritos, comían a grandes mordidas y bebían como agua los brebajes alcoholizados. A la hora de pagar se portaban espléndidos.

O los indios que cargaban en propios lomos el producto de una semana entera de trabajo: dos docenas de cacharros de barro cocido, destinados al tianguis más próximo.

Ocupaban aquellos tratantes el último rincón del ventorro. Ahí aguardaban, dóciles, la jícara de pulque que bebían silenciosamente. Pagaban el consumo con cobres resbaladizos de tan contados, para irse, prestos, con su trotecillo sempiterno.

O los otomíes que, en plan de pagar una manda, caminaban legua tras legua, llevando en andas a una imagen a la que escoltaban diez o doce compadritos, los que, por su cuenta, arrastraban una ristra de críos, en pos del borrico cargado con dos botas de pulque cada vez más ligeras, ante las embestidas de los sedientos. Entonces los cohetes reventaban contra el cielo, las mujeres gimoteaban llenas de piedad y los hombres alternaban alabanzas con canciones muy profanas, acompañadas por una guitarra sexta y un organillo en melódica pugna. Llegados a donde Juan Nopal, se olvidaban del pulque para dar contra el aguardiente. A poco aquello echaba humo; los hombres festejaban a carcajadas la fábula traviesa y la ocurrencia escatológica o se empeñaban en toscos juegos de manos. Las hembras se apretaban unas contra otras y, con la vista vidriada por las lágrimas vertidas, seguían bebiendo con el mismo fervor con que elevaban plegarias y jaculatorias. El santo de las andas yacía maltrecho en medio del recinto.

O la caravana que acompañaba a un cadáver de tres días, encaramado sobre los hombros de los deudos que

Íbanse turnando periódicamente. A un cadáver que había trepado montañas, atravesado valles, vadeado ríos y oscilado en la negrura de los abismos, con afán de cortar la distancia medianera entre el pueblito perdido en la sierra y la cabecera del municipio donde el "derecho de panteones" constituía el tributo más productivo. Esta multitud doliente llegaba a la casa de Juan Nopal y, después de repetidas libaciones por "la salud del fiel difuntito", limpiaba la bodega, mientras el féretro, tendido en medio camino, tronaba macabramente.

Con aquella clientela, Juan Nopal hacía su vida. La paz cubría el techo del hogar montero. El horizonte se hacía mezquino, porque se estrellaba en la falda del cerro interpuesto entre los terrenos del otomí y el valle anchuroso.



Cuando aquella pareja instaló su tienda de campaña frente al ventorro de Juan Nopal, este, sin saber por qué, sintió hacia los recién llegados una gran simpatía. El hombre era de un color blancucho, prominente abdomen y movimientos un poco amanerados. Usaba lentes como aquellos tipos que tanto hacían reír al indio, cuando los miraba retratados en los periódicos que casualmente llegaban a sus manos.

Todas las mañanas, el nuevo vecino salía paso a paso en busca de piedras, que traía después a su tienda. Por las tardes remolía los pedruscos y observaba el polvo cuidadosamente.

Ella era una joven delicada y tímida. Su físico no cuadraba con la indumentaria: pantalones de burda tela que hacían resaltar grotescamente las protuberancias glúteas, para regocijo de Nopal y de su clientela; botas de cuero aceitado y un sombrero de paja que se ataba al cuello con un listón rojo. Sin embargo, cuando el dueño del ventorro observaba las desazones que la vida cerril provocaba a la mujercita, sentía por ella inexplicable compasión.

El hombre parecía más acostumbrado a las molestias de la rusticidad; iba y venía con pasos inalterables. En ocasiones cantaba con voz ronca y potente algo que a Juan Nopal le parecía muy cómico.

Las actividades del extraño tenían intrigado al indígena. Los arrieros serranos le dijeron que, por las botas, los pantalones bombachos y el sombrero de corcho, se podía sacar en claro que el vecino era ingeniero. Desde ese día don Juan Nopal señaló al hombre de la casa de campaña con el nombre de "ingeniero".

Una tarde, María Agrícola llegó sofocada.

—Eh, viejo —dijo al padre en su lengua—, ese, al que tú llamas ingeniero, me siguió por el monte.

–Querría que le ayudaras a coger esas sus piedrotas que a diario pepena...

–¿Piedrotas? No, si parecía chivo padre... Daban ganas de persogarlo con bozal debajo de un huizache y voltearle en el lomo un cántaro de agua fría...

Los ojos del indio se encapotaron.



El “ingeniero” entró en la venta. Pidió limonada y empezó a beberla lentamente. Habló de muchas cosas. Dijo que era minero, que venía a buscar plata entre el lomerío. Que su esposa lo acompañaba nada más para sevirlo... Que era rico y poderoso.

El indio solo escuchaba: “Puesto que mucho habla, mucho quiere” –rumiaba para sí la sentencia que le enseñaron sus padres-. “Pero el que mucho habla, poco consigue”, –agregaba como coletilla de su propia cosecha.

Cuando María Agrícola pasó frente a ellos, el indio notó en el “ingeniero” un sacudimiento y descubrió en sus ojos el brillo inconfundible.

Al otro día, el hombre repitió la visita, solo que esta vez venía acompañado de su esposa. A don Juan Nopal le cautivó la suavidad de modales de la hembra, igual que la tristeza que había en el fondo de sus ojos verdes. La

voz apagada de ella acarició el oído del ventero, al mismo tiempo que la manos largas y transparentes atrapaban su voluntad. Esa tarde la visita del minero le fue grata.

Las estancias del “ingeniero” en la tienda menudeaban. Bebía limonada mientras decía cosas raras que el indio apenas si penetraba... Mas, de todas suertes, reía y reía por lo mucho de cómico que encontraba en el palique.

–Bien, don Juan –dijo el minero por fin–, tengo para ti un buen negocio.

–Tu mercé dirás –respondió el otomí.

–¿Está muy caro el ganado por acá? ¿Cuánto, por ejemplo, sale costando una cabrita?

–El ganado en esta tierra no se vende. Los pocos animales que tiene nosotros, los guardamos para cuando nos toque la mayordomía del Santo Nicolás, al que rezamos los de Bojay que es mi tierra, allá, trastumbando el cerro más alto que devisas detrás de las ramas de aquel pirul... O para el día en que nos vesita el Santo Niño del Puerto. Entonces hacemos matanza y no respetamos ni las cabras de leche, porque viene harta gente.

–Bien, bien, ¿pero si yo te ofrezco diez pesos por una cabrita, tú serías capaz de vendérmela?

–Pos qué que ni así –respondió el indio aparentando pocas ganas de tratar.

–Diez pesotes, hombre; nadie te dará más... Porque lo que yo quiero pagar más bien es un capricho.

Don Juan no respondió; pero hizo una mueca que, de tan equívoca, cualquiera la hubiese tomado por una aceptación.

–Hay entre tu ganado, don Juan, una cabra que me gusta mucho, tanto, que ya ves el pago que por ella te ofrezco.

–Si tu mercé la quieres, tienes que pagarme en centavos y quintos de cobre... A nosotros no me gusta el billete.

–En cobres tendrás los diez pesos, hombre desconfiado.

–Si ya tu mercé tienes visto el animalito, vé por él al monte.

–Solo que –dijo el minero con desfachatez– la cabra que yo quiero tiene dos patas.

–Ja, ja, ja –rió el indio estrepitosamente–. Y yo que no quería creer a los arrieros serranos, ora sí estoy cierto; tu mercé estás loco... ¡y bien loco! Chivas con dos patas. ¡Será la mujer del demonche, tú!

–Chiva de dos patas llamo a tu hija... ¿No lo entiendes, imbécil? –preguntó amoscado el forastero.

El indio borró la sonrisa que le había quedado prendida en los labios después de su carcajada y clavó la vista en el minero, tratando de penetrar en el abismo de aquella propuesta.

–Dí algo, parpadea siquiera, ídolo –gritó enojado el blanco–. Resuelve de una vez. ¿Me vendes a tu hija? Sí o no.

–¿No te da vergüenza a tu mercé? Es tan feo que yo la venda, como que tú la merques... Ellas se regalan a los hombres de la raza de uno, cuando no tienen compromisos y cuando saben trabajar la yunta.

–Cuando se cobra y se paga bien no hay vergüenza, don Juan –dijo el “ingeniero” suavizando el acento–. La raza no tiene nada que ver... y menos cuando se trata de la raza que ustedes los indios quieren conservar... ¡Bonita casta que no sirve más que para asustar a los niños que van a los museos!

–Pos las chivas de esa clase no han de ser tan feas, ya que tu mercé te interesas tanto por una.

–Te he dicho que es tan solo un capricho mío... A lo mejor tú sales ganando un nieto mestizo. Un hijo de blanco que será más inteligente que tú. Un mestizo que valdrá más de diez pesos en cobres.

–No, ese ganado no está a la venta –repuso don Juan con un tonillo que denotaba no haber entendido o no haber querido entender las últimas palabras de su cliente.

–Se necesita ser estúpido para no tratar. En la costa regalan a las indias vírgenes, solo con la esperanza de que tengan un hijo blanco, porque aquella gente entiende que la mezcla de los hombres es tan útil como una buena cruz en los ganados; pero ustedes los otomíes son tan cerrados, que ni pagándoles acceden a mejorarse.

Ahora en los ojos de don Juan había una chispa. Chispa en la que no reparó en su fogosidad el blanco.

–Bueno, en vista de tu necesidad, doblo la oferta. Veinte pesos por ella. ¡Veinte pesos en cobres de a cinco! No, no me la voy a llevar, porque las criadas indias en la ciudad son inútiles y puercas. Solamente quiero que le digas que se bañe y que la aconsejes para que no sea mala conmigo, que no me arañe ni me tire de patadas... Después te la dejo. No pago más que el silencio, porque a mí no me convendría que nadie se enterara, ¿sabes? –dijo mientras miraba hacia la tienda de campaña, donde la mujer blanca recosía ropa, sentada cerca de la puerta.

–No, tu mercé eres mala gente. Ya te digo que por'ay no l'entro... ¡Y de paso, pos pagas tan pocos fierros!

–Veinticinco pesos en cobres... En cobres, oíste –ofreció terminantemente el comprador.

–Te voy a enseñar a tu mercé a tratar ganados –dijo pachorrudamente el otomí, mientras sacaba una bolsa gruesa del cajón del mostrador–. Aquí hay cien pesos en cobres... Y como yo creo con tu mercé que las cruza son buenas, quisiera yo también mejorar mi casta. Pero la mía, no la ajena. Cien pesos que te doy por tu mujer. Tráimela, yo no pongo condiciones... Aunque me arañe, me muerda y me patié. Yo no pago el silencio, eso te lo doy de ribete; puede tu mercé contarle a todo el mundo. Tampoco te pido que la bañes, déjamela así.

Entonces el que permaneció en silencio fue el “ingeniero”.

–Tu mercé te la llevas, a mí aquí en el monte no me sirve. ¡Capaz de que se quebre! Tu mercé cargas con ella; pero eso sí, con la garantía de que pronto tendrás un mestizo bonito y trabajador que te diga papá... Son buenas las cruza de sangre; pero lo mejor de ellas es que se pueden hacer lo mismo de macho a hembra que de hembra a macho... ¿O qué opinas tu mercé?

–Pero esto es bestial... Se te ha soltado la lengua, ídolo.

–Resuelve luego –continuó Juan–, porque yo cuando me alboroto luego me da por retozar. Cien pesos en cobres; nenguno te dará más, porque está tan canija, si apenas que con su peso levanta la vara de la romana. No merco ni la carne ni el pellejo, solo te compro a tu mercé el modito de ella... Pero si no te gusta este trato, tengo otro que proponerte... ¡Tú dirás!

La mirada de ambos coincidió entonces en un solo punto. Cuatro ojos se clavaron en un machete que colgaba del mostrador al alcance de la mano del indio.

–¡Cien pesos por un modito, señor ingeniero! –repitió con retintín don Juan. En su boca había una sonrisa que rivalizaba en frialdad con la hoja de acero.



A la mañana siguiente, don Juan Nopal se sorprendió de no encontrar frente a su casa la tienda de campaña del “ingeniero”. Había sido desmontada precipitadamente antes de la media noche. El amanecer había sorprendido a los furtivos blancos en la cumbre del cerro de El Jilote.

María Agrícola, irguiendo el cuerpo fino y flexible, como las armas de los flecheros, dejaba que el aire revolviera el negror de sus trenzas, mientras veía cómo una polvareda se alzaba por allá, cerca de la barranca de El Cántaro, punto cercano a la vía del ferrocarril.

Tomado de: Rojas, F. (1993). La cabra en dos patas. En F. Rojas, *El diosero* (pp. 81-91). México: Fondo de Cultura Económica.

– Crónica de viaje –

Toluca / Cuernavaca

Manuel Gutiérrez Nájera

Manuel Gutiérrez Nájera

(Ciudad de México, 1859-1895). A pesar de su existencia breve, su producción escrita es vastísima: más de dos mil colaboraciones en revistas y diarios. Sus crónicas de viajes son un ejemplo del discurso promovido por el régimen de la época, que buscaba retratar la modernización del país e insertar en el imaginario que México ya era parte de la economía capitalista mundial, cercano a los centros hegemónicos por medio de las novedosas vías de comunicación. Considerado el primer modernista mexicano, destacó en la escritura de crítica literaria, reseñas de teatro, poesía, ensayo, novela, crónica y cuento. En 1883 reunió 15 relatos publicados bajo el título *Cuentos frágiles*. Su obra se ha recopilado por género en numerosos volúmenes y sigue siendo objeto de rescate e investigación.

TOLUCA (fragmento)

Toluca no es precisamente hermosa. No la abraza el mar enamorado, ni los bosques bajan o ascienden para verla; no la vigilan de cerca esos eunucos etiopes que se llaman montes; ni la abanicán, mientras duerme, las esclavas montañas; ninguna gran sombra histórica la habita; ninguna catedral yergue sus torres macizas, o lanza, a guisa de flechas, sus agujas góticas, en el centro de la plaza. Sobre Cuautla planea, como águila, Morelos; en Puebla, dominando la suntuosa basílica, a su vez dominadora de templos corpulentos, que componen su guardia palatina, álzase el Cerro de Guadalupe, portaestandarte del glorioso pabellón, teñido en púrpura por el sol de mayo y heraldo de la victoria el 2 de abril; Querétaro, la triste, la enlutada, semeja el féretro de Maximiliano, ajusticiado por la República; en Cuernavaca, la naturaleza canta un himno; la cascada de San Antonio entona su salmo, y el aire que viene despedido por los oscuros árboles del Huitzilac, y todavía caliente como la mejilla del siervo recién abofeteada

por el amo, habla en voz baja de aventuras y empresas de Cortés, de los sueños románticos del pálido Archiduque, y de las tristezas agoreras, funestas agoreras de la altiva Carlota; en las olas ocultas de Mazatlán surge la figura gallardísima de aquel aventurero que se llamó Raousset de Boulbón; Tampico parece la amada de los peces, la del hermoso río, la de las náyades desnudas. Guadalajara es andaluza, tiene ojos negros y mantilla blanca, y navaja en la liga para herir a los enemigos de la libertad; Mérida, la opulenta señora del henequén, la rica hembra, tiene su estruendoso, alegre carnaval, como Venecia, y sus grandes poetas como la antigua Florencia; Tlaxcala es una tumba; Guanajuato una mina, la caverna deslumbradora de Aladino; San Luis trabaja con buen humor y primorosamente viste los domingos; Chilpancingo es montaña, la cúspide inaccesible de Guerrero; Monterrey y San Cristóban son vigías, centinelas avanzados; en Morelia palpita el corazón de la insurgencia; es Veracruz como la gran ventana abierta por donde asoma una linda mujer mirando a Europa, mientras cantan las mandolinas, hierve el borgoña en las copas y se oye el ruido de los chorros de oro; Jalapa es jardín; Oaxaca, nido de cóndores: Toluca es simpática. ¡Y con qué irresistible simpatía coquetea la traviesa y ríe de sus enamorados! Su risa de muchacha cortejada por brillantes legiones de donceles, es la que vemos hecha

espuma al pasar por el Monte de las Cruces, la que escuchamos cuando salta el agua en la selvosa cumbre, como netezuela que retoza en las rodillas del abuelo. Tenemos que llegar a ella subiendo, primero, cual si trepando por el tronco y las ramas de frondoso cedro nos encaramamos hasta el balcón de la garrida castellana; y en llegando a la cima hay que bajar, así como se arrodilla el trovador ante la dama del alcázar escalado. El prólogo del viaje es tan hermoso como el prólogo de todos los amores. Figura incienso el humo de la locomotora; vestido de novia, cuajado de encajes, la espuma frufuante de las aguas; el cedro, candelabro gigantesco; y catedral, dispuesta para nuestras nupcias, la montaña. Vamos a Toluca aprisa, como se va, cuando mucho se ama, a la casa de la novia. Llegamos, y desde luego nos hechiza el aspecto de la ciudad. No es monumental, no es arcaica, es joven. Tiene la frescura, la sonriente mocedad de una muchacha que sabe ataviarse y vestirse con muselina, con percal, con listones vistosos, con claveles en el pelo. No se la ve rica, se la ve muy bonita. Ningún convento la ensombrece; ninguna iglesia pesada la magulla; toda ella está flamante y nuevecita.

Otras ciudades recuerdan la dominación española, el virreinato: se ve en ellas la piedra; más gravadosa la torre, más torvo el muro, apenas alegrado a trechos por el azulejo: Toluca es alegre. No podemos llamarla rústica

o campesina. Ostenta flores, pero en el prendido, como doncella hermosa que va al teatro. Gusto europeo y moderno revelan sus construcciones, todas limpias, todas elegantes.

[...]

Tomado de: Gutiérrez Nájera, M. (1972). Toluca. En X. Tavera Alfaro (comp.), *Viajes en México. Crónicas mexicanas* (pp. 397-399). México: Secretaría de Obras Públicas.

CUERNAVACA

(fragmento)

–¿Por qué has creado el infierno, Allab? ¿No habías creado ya Chamd? –exclaman los afghaneses. Yo, imitando a los indígenas de aquella abrasadora comarca, modifico la frase y digo en buen cristiano–: ¿Por qué has creado el infierno, Dios mío? ¿No habías creado Cuernavaca?

Bien sé que puede sudarse más en otras partes; bien sé que el inmenso desierto extendido, como un arco de círculo, entre las islas del Cabo Verde y la gran muralla de la China, el Este y el Norte del Sahara, el pie del Himalaya, el valle del Sagrado Ganges y las estepas sin fin del Atapapistán y la Bukaria, son los hornos de la Tierra.

Sé también que sin salir de México podría sufrir la temperatura de Iguala y los chorros de plomo derretido que vierte el sol de Texas. Pero mi carne es flaca y yo no quiero enflaquecerla más.

Para mis pecados pobretones y vulgares, con un infierno como Cuernavaca, basta.

No me arrepiento, sin embargo, de haber venido a este *sudatorium* con honores de ciudad. Abro el balcón y admiro extasiado el horizonte incomparable de nuestra tierra caliente.

Cuando se baja a Cuernavaca por la rápida cuesta de Huitzilac, este cielo cuyas últimas líneas color de ópalo van a perderse en las montañas donde empieza la gran Sierra del Sur, produce en el ánimo una sensación parecida a la que causa la contemplación del mar en la hora del alba. Hay algo de Mediterráneo en ese azul fluido.

Es el mar como le soñamos antes de conocerlo, el mar de los dioses griegos, el mar de Anfitrite. En esas ondas se ocultan las sirenas que oyó Ulises. Si de súbito surgiera en esa quieta superficie una vela latina, sin duda nos parecería un hecho tan común y natural como la aparición de un ave o de una nube.

La inmensidad es una como Dios. Ya la admiremos en el mar, ya en el desierto, ya en el cielo, produce siempre en nuestro espíritu el mismo sentimiento de dilatación. Por eso, desde el rústico hasta el sabio, todos comparan el desierto con un mar, y ven el ciclo como un océano superior, surcado por la góndola de plata. Este sentimiento no lo determina el color, sino la extensión.

El horizonte que tengo ahora ante mis ojos, puede parecerse al mar que inventa la fantasía; al mar que canta en

los versos de Homero; al mar que pintan con vago colorido los pintores transparentistas. Pero el mar verdadero no es así. El azul que le damos solo puede encontrarse en ciertas aguas, y en la cinta donde confinan con el cielo. El mar es verde acá, negruzco allí, gris en aquellas vastas lontananzas, aceitoso, pesado y duro en todas partes. Es grave, adusto: es el Titán, insomne, agobiado por un inmenso remordimiento.

[...]

Tomado de: Gutiérrez Nájera, M. (1972). Cuernavaca. En. Tavera Alfaro (comp.), *Viajes en México. Crónicas mexicanas* (pp. 399-403). México: Secretaría de Obras Públicas.

Región
Sureste



– *Cuento* –

La llovizna

Juan de la Cabada

Región Sureste

Entre el calor y la humedad, una sucesión de montañas verdes atraviesa el sur del país, desde la costa del Pacífico hasta el Golfo de México. Ese relieve ha albergado civilizaciones desde hace más de tres mil años y ahora es escenario de actividades turísticas, agrícolas y ganaderas. La población se concentra en los valles, unidos por caminos sinuosos y escarpados, y su cotidianidad está marcada por la presencia contundente del agua en forma de lluvia, río, mar o cenote, y la profusión de especies animales y vegetales.

Juan de la Cabada

(Campeche, 1903. Ciudad de México, 1986). Comprometido con la causa obrera, perteneció al Partido Comunista Mexicano y colaboró con artículos y relatos en publicaciones afines a esta ideología. Su obra retrata incidentes cotidianos, que capturan la realidad precaria de las clases trabajadora y campesina, redondeados con elementos reales, como recorridos por montañas, ríos y carreteras, el trabajo en las fábricas o los productos del campo. El primer volumen que congregó sus cuentos fue *Paseo de mentiras* (1940). Siguiéron *Incidentes melódicos del mundo irracional* (1944) y *La Guaranducha* (1944). En la década de los años 80 se recopilaron sus colaboraciones en publicaciones periódicas en *Obras completas* (1981). El resto de su producción se encuentra en *El duende* (1981), *Corto circuito* (1982) y *María la voz y otras historias* (1984).



Desde hace algún tiempo, desde que enriquecí con la dichosa Guerra Mundial y me casé y vinieron los hijos, no puedo ya contar un cuento. Antes solía contarlos bien. ¡Ay, entonces era libre! Ahora, en cambio: ¡los hijos! ¡Miedo me da que cunda el mal ejemplo! ¿Pero por qué no acierto a decidirme? Quizá porque los negocios me acostumbraron a los testimonios del señor cura, del notario, de un juez o de cualquiera otra persona. “Ahí está don Fulano que lo diga”.

Empero, solo, sin testigos, venía yo una de estas noches de niebla y menuda llovizna corriendo sobre la oscura carretera.

Sí: al timón de mi automóvil, fijos los ojos en los haces de luz que derramaban los fanales del vehículo, traía yo prisa y una rabia contenida, cierto temor inexplicable y muy malos pensamientos, al ver que las luces opacas de unas linternas, como de gentes que con sus manos las moviesen a todo lo ancho del camino, me obstruían el paso.

Ni pitos de sirenas, ni voces que denotaran el hecho de que acabase de ocurrir un accidente desgraciado. “¿No será que tratan de asaltarme? ¿Y quién dice que sean solamente esos? Habrán de tener cómplices, ocultos a lado y lado. Entonces, entonces... si no paro y los atropello, me disparan los otros por la espalda. Pero, ¡qué demontre!, si aquí traigo cargado mi revólver. ¿A qué, pues, miedo y tales aflicciones? Alguna vez tengo que usarlo” –pensé; apronté el arma, y paré el auto.

–¡Qué hay! –dije brusco y en voz alta.

Los de las linternas se acercaron.

Me parecieron cuatro infelices indios, de esos que uno en seguida reconoce como el prototipo de nuestros albañiles, mitad obreros industriales y mitad hombres de campo.

A la luz de mis reflectores vi los ocho guaraches de sus pies, mientras se aproximaban. El resto de sus indumentarias eran overoles azules, sombreros de petate y un paliacate colorado al cuello.

–¿Qué hubo? –volví a gritarles.

Entretanto llegaban, con sus linternas en alto, me guardé la pistola debajo de la pretina del pantalón, y para ganar facilidad de movimientos a la hora aviada, desabroché los tres botones inferiores de mi chaleco, prevenido, por si acaso.

–¿Qué hubo? –volví a gritarles cuando los tuve cerca y pude verles las caras.

Uno de ellos, el de mayor edad, ya vejancón, usaba grandes bigotes caídos; dos aparentaban unos treinta años, y el último, el más joven, menos de veinte.

–Patrón –dijo el viejo–, tenemos de precisión que ir a México, porque debemos de entrar tempranito, mañana lunes, al trabajo.

¿Acaso me olvidé? ¿No dije al comienzo que aquella noche de marzo, cuando regresaba de reponer las fuerzas con mi paseo del fin de semana, era la de un domingo? Creo que sí, ¿o no?

A las palabras del viejo, ardido yo por el miedo que me habían hecho pasar y animado de un puntilloso, muy lógico, deseo de venganza, modulé ciertos ruiditos de chistan-te desdén al par que meneaba en igual manera de significación negativa la cabeza.

–Se nos hizo tarde, jefe –agregó uno de los otros indios.

Era bueno tomarse tiempo de pensar, a la vez que atormentarlos un poco, y así, yo ni aceptaba ni decidía negarme de palabra.

–Por favor, patrón, como ya no pasan los camiones... y como usted lleva nuestro mismo rumbo.

Intervino el más joven:

–Solo semos albañiles... –y sonrió, inocente o malicioso en alusión velada.

Observé su vista socarrona en un rostro demasiado perspicaz, y tan claro fue para mí lo que insinuaban, que negarme sería como demostrar señales de aquel miedo y rebajarme. ¡Y esto no!

–¡Acomódense ustedes tres en el asiento de atrás! –diseuse–. Tú, viejo, ven adelante conmigo.

Al punto se apagaron las linternas, y a la carrera cumplieron mis órdenes.

No cesaba la llovizna.



Libré del freno a mi automóvil, aceleré y seguí la marcha.

Los de atrás solo dijeron unas cuantas frases, que recuerdo bien.

–¿Cómo estará Usebita?

–Pos ya ves.

–Tan bonita.

–Tan luciditos sus siete años.

Y en adelante se pertrecharon en un mutismo empecinado. Nada de una risa, ni la menor muestra de expansión, de franqueza propia de habitantes de otras tierras, sino el mutismo ese que impone zozobra, desconfianza,

sospechas, o doblega, deprime, aplasta el ánimo. Además, la oscuridad al filo de continuos precipicios... las circunstancias... esa tenaz llovizna fúnebre y hasta las linternas, cuya visión, con sus opacas luces agitándose en la bruma, estaba todavía en mi retina.

De lejos, ya el aliento del viejo despedía tufos de un alcohol tan malo que sentí, ahora de cerca, al volver la cara y hablarme, un asco insoportable: “¡indio borracho!”.

–Esta agüita no entrará ni siquiera cuatro dedos dentro de la tierra, ¿verdad patrón?

–¡Ujú! –respondí, conteniendo el resuello.

Tras breve silencio, insistió:

–Ni dos dedos, ni dos dedos, ¿no cree, patrón?

“¡Indio borracho!” –pensé de nuevo y no le contesté.

–¿No cree, patrón?

–Sí, claro –dije. Había que armarse de paciencia.

Otro intervalo, y lo mismo:

–Ni tanto así, ¿eh, patroncito?

Y luego, a cada rato:

–Pos ni tantito, ni tantito puede ser... ¿verdad, señor?

Corría el coche a toda su marcha y volví a sentir miedo.

¡Estas cosas del instinto! Ya se sabe lo que son los indios con su lenguaje de retruécanos, y con la misma cantinela; ¿qué querría decir este, o dar a entender a los otros, que continuaban clavados, fijos, en su mutismo empecinado?

¡Si fuesen de veras piedras, inofensivas piedras... pero son seres humanos!

Por cierto que aún lloviznaba y la carretera estaba desierta, dentro de un negror frío de neblina espesa.

Mis temores venían a ráfagas, mas lograba disiparlos al pensar en la seguridad de mi revólver.

-Ni dos dedos, ¿eh, jefe?

-¡Ajá!

-Ni uno...

-¡Ujú!

Y persistía:

-Ni siquiera uno... Ni siquiera un dedo, ni tanto así...

-Claro.

-Porque esta agüita solo la manda Dios para refrescar las siembritas...

-Naturalmente.

-Para refrescar las siembritas y no para que entre mucho en la tierra. ¿Verdad?

-Verdad.

-¿Verdad? ¿Verdad que sí, patrón?

De pronto el motor del automóvil empezó a mostrar síntomas de haberse calentado con exceso.

En cuanto llegamos al primer pueblo, paré y dije a los hombres lo que pasaba.

El viejo se ofreció a ir a una tienda próxima para traer una cubeta de agua.

Y entonces, mientras una luz fuerte destacaba su lejana figura frente al marco de la tienda, el más joven de los tres que se quedaron, acercó su rostro a mis espaldas y dijo desde atrás:

-¡Patrón!

Volví la cabeza.

-Es mi padre, patrón.

Se detuvo como hace todo indio para tomar resuello, y otro dijo:

-El padre está bebido.

El más joven continuó:

-Perdone, pos dice todo eso porque venimos de nuestro pueblo a donde juimos a enterrar a mi hermanita... La mera verdá, patrón, que semos albañiles.

Yo no pedía ninguna explicación; pero el tercero añadió aún:

-No quiere que l'almita se moje allí abajo, dentro el cuerpecito.



Continuaron la oscuridad, el misterio y la llovizna, la llovizna, el misterio y la oscuridad en el camino...

¿Dije que tenía yo dos hijos: una niña y un niño? Pues la niña enfermó.

Y ahora, duro como soy de corazón, así que ha muerto ella, me pongo blando a veces en el auto. Llueve y recuerdo tal un soplo:

-¿Cómo estará Usebita?

-Pos ya ves.

-Tan bonita.

-Tan luciditos sus siete años.

Tomado de: De la Cabada, J. (2000). La llovizna, En M. del C. Millán, *Antología de cuentos mexicanos 1* (pp. 53-57). México: Grupo Patria Cultural.

– *Crónica de viaje* –

El Sureste de México

Fernando Benítez

Fernando Benítez

(Ciudad de México, 1912-2000). Fue reportero, editor, director y fundador de diarios. Su interés en la historia y la vida de las poblaciones indígenas lo llevó a investigar y publicar numerosos ensayos que abarcan varias etapas del devenir del país. Siempre apegado a su vocación periodística, destaca su labor como creador de suplementos culturales, hitos de la prensa cultural nacional. De una etapa temprana de su cuantiosa producción, despuntan *La ruta de Hernán Cortés* (1950), *La vida criolla en el siglo XVI* (1953) y *Ki: el drama de un pueblo y una planta* (1956). Los testimonios que recopiló y las experiencias de sus viajes por las sierras que atraviesan el territorio dieron vida a los cinco volúmenes de *Los indios de México* (1967-1981).

El tren rueda por el seco altiplano. Cerros trágicos, adustos, amarillos y negros. Magueyes. Millares de agaves giran silenciosos, en rueda oscura, y los hilos del telégrafo se desenvuelven, alargándose como los hilos de un telar, a trechos bordados con pájaros.

Descendemos por el dorso de las cordilleras. Abro la ventanilla y el olor de las gardenias me embriaga ligeramente. Inquieta la cercanía del volcán. Es la espalda de Dios que viera Moisés por última vez en la cima del monte solitario.

De Veracruz apenas una vislumbre. Portales con mesitas y gente a medio vestir. Suenan las marimbas. Huele a mar, a pescado, a frutas fermentadas. La brisa agita los penachos de las palmeras y las faldas sobre los muslos redondos de las muchachas. No basta un día para acostumbrarse a la luz. Hay demasiada claridad en el espacio marino.

A Coatzacoalcos. Otro mundo. Un mundo fluvial, de tierras negras, de *ferris*, de zapateados, de arpas y guitarras.

El timonel en su caseta da la señal y las aguas del Papanoapan se agitan cubiertas de espuma. Desde los puentes veo los autos y los camiones que llenan el *ferri*. Uno carga naranjas, otro, piñas, otros, enormes robalos plateados. La sangre escurre y forma un charco espeso y negruzco. Las mujeres tratan de arreglarse el peinado descompuesto por la brisa. Un hombre de rostro amarillo, doblado sobre un serrucho, le arranca largos sonidos quejumbrosos. Las cadenas caen. Se tienden las pasarelas y los autos toman la ribera opuesta con el ímpetu de unos toros a los que de pronto se abriera la puerta del corral donde hubiesen permanecido largo tiempo encerrados.

Verdes jades tallados son las montañas de los Tuxtlas. Cambia la arquitectura y el sentido del árbol. Es la rama horizontal, el cobijo, el techo, la sombra. Allá la flor sedosa de la caña de azúcar, acá el piñar, la estrella verde en la tierra negra. Palmas, columnas; enredaderas, festones; tabaco en las vegas, café en las alturas. Paraíso. Tengamos cuidado. La Naturaleza se devora a sí misma y solo podrá ser domada con las máquinas. En medio de tanta riqueza, las cabañas comidas de humedad, la palidez de cera de la gente. Cuando el camión hace un alto, se escucha, adormecedor, el zumbido de los insectos. Sobre ese tenue fondo musical, el pájaro inventa sus melodías. ¿Acaso la señorita Howard

no escribió sobre un mirlo que compuso una frase semejante a la del rondó, en el Concierto para Violín de Beethoven?

Santiago Tuxtla. El más pulido, el más dulce, el más hermoso pueblo de todos. Trato de recordarlo, pero solo queda en mi memoria el hechizo misterioso de su cabeza gigante. Allí está viva la voluntad del escultor. La aplastada nariz respira, la boca de niño habla; su oreja taladrada recoge el sonido de la selva. A un lado el tabachín deja caer sus flores y la roja llamarada oreá de sangre nueva la antigua, admirable brutalidad de esta cabeza. Sus rasgos arcangélicos y demoníacos no permiten saber si cayó del cielo como un meteoro, o brotó del infierno como un trozo de piedra quemada y subterránea.

El lago de Catemaco. Resplandece el agua, como una joya, engastada en su marco de volcanes extintos. Las islas semejan canastillas de flores. El aire tibio, con su dulce mano, nos cierra los ojos fatigados. Es grande la tentación, pero debemos desoírla y continuar el viaje.

En la madrugada, la lluvia me despierta. A través de las celosías se escucha el torrente descargarse con furia sobre Coatzacoalcos. No es la lluvia, movida por el aire, a que estamos acostumbrados en el altiplano, sino el desencadenamiento de una fuerza primitiva. Diríase que el agua se ha transformado en plomo y en azogue. Yo me envuelvo

en la sábana y floto, descargado de penas, en el regazo de este diluvio tropical.

A las diez me desayuno, sobre la acera, naranjas y ostiones en su concha. El chico, sentado en su costal, monda las naranjas con un gran cuchillo. El cuchillo se lo ha prestado una mujer compadecida de su pobreza; las naranjas se las han fiado. El ostionero, a su vez, descubre con la navaja el fresco, grisáceo y pequeño marisco dormido entre las paredes nacaradas de su casa: corta, después el limón, el perejil, las cebollas moradas, con la misma fina y rápida destreza de su colega, el vendedor de naranjas. Toda su fortuna está a la vista, pero los dos afrontan el destino con la naturalidad confiada de los pájaros.

Como el naranjero, como el ostionero, hay millares y millares. Mujeres, niños, hombres. Venden hojas de tabaco, hierbas medicinales, dulces y pasteles coloreados, tacos – sobre todo, tacos–, fruta, pájaros disecados, ofrendas, velas benditas, juguetes de barro, ollas, jarros, flores de papel, santos, periódicos, historias de crímenes, oraciones, zapatos viejos, ropas desechadas, chocolate, iguanas, armadillos, serpientes, antídotos contra las serpientes. Se están horas y horas, bajo sus grandes, estrafalarios, deforme sombreros de paja, disponiendo los manojos de hierbas, los montones de fruta, los pescados, con sus manos oscuras y delgadas. Salir de la ciudad, equivale a contemplar esos

millares de manos en continuo movimiento, esas manos diestras y suaves que esperan, mientras llega su oportunidad, espantando las moscas, lo que es también una manera de espantar el tiempo vacío.

Es el día de nuestro viaje a La Venta. Por las ventanas del cuarto, observo el remolcador, lleno de gente, cruzar el río. Sus rojos faroles brillan en el sombrío metal del agua. Sobre el cielo incendiado por la aurora se recorta el negro festón de la selva.

Volamos hacia La Venta. El sol nos va siguiendo, a medida que avanzamos, reflejado en el agua de los pantanos revestidos engañosamente de espesa vegetación. En Las Choapas, las torres de los pozos petroleros se levantan a la orilla misma del cementerio. En Agua Dulce, aeródromos, carreteras y pozos extienden sobre el verde tapiz su grandioso y complicado dibujo, mientras el Ferrocarril del Sureste, como un largo gusano, parece huir de las brillantes y agitadas llamas que brotan de los escapes de gas.

Dejo el aeródromo de La Venta y avanzo por un sendero del bosque tropical. Huele a hierbas y a flores desconocidas. En el aire vibran los agudos reclamos de los pájaros. De pronto, al volver un recodo, dos ojos, a ras de tierra, me miran con fijeza. Sabía lo que me esperaba, sí, lo sabía de antemano, pero la fascinación de esos ojos surgiendo en medio de la selva, como los ojos de un jaguar

enfrentándose al cazador que le sigue la pista, me hicieron olvidarlo todo, y la presencia de lo sagrado, semejante a un horroroso deleite, la sentí derramarse en medio del bosque solitario.

Avancé luego hasta el cráter en cuyo fondo, vencida por su propio peso, descansa una de las cabezas gigantes. Las lluvias, durante siglos, la han ennegrecido y solo una vena de musgo verde se destaca en una de sus mejillas. El casco redondo y las piezas rígidas de las orejeras enmarcan el rostro. Los salientes pómulos, el duro entrecejo, los párpados insinuados con suavidad, los sensuales y gruesos labios de la boca representan de un modo tan enérgico al vencedor de la selva y del pantano, que experimentamos la sensación de asistir no a una revelación sino a un reconocimiento.

El hombre de La Venta, si bien talló en el jade o modeló en la arcilla pequeñas esculturas a las que distingue el mismo carácter de monumentalidad, prefirió desentenderse de los otros miembros y centrar su avidez creadora en la cabeza humana, seducido por su expresividad, por su misterio siempre renovado, por el rico lenguaje que encierra la peculiaridad de su forma. Separar esa cabeza del cuerpo, darle la autonomía que distingue a la luna colgada encima de los bosques milagrosamente sin que su realismo se divorciara nunca de la masa geométrica de la

piedra, fue la hazaña artística que llevó a término el desconocido "olmeca" de las márgenes del Coatzacoalcos.

El río, el inmenso río, surcado por *ferris*, lanchones, remolcadores, barcos plataneros. Humean talleres y locomotoras. Arriba Minatitlán, con sus grandes esferas plateadas, sus torres y sus chimeneas junto a las cabañas de techos puntiagudos, la ropa tendida a secar y los muelles de podridos maderos. Y la selva, el empuje de los verdes, los chorros de la vegetación, sombreando los ríos y los caminos de tierra colorada. En la otra orilla, el tubo de la aspiradora vierte el azufre amarillo sobre las bodegas de un carguero. Me pregunto: ¿Por qué el azufre no lo explotó Petróleos? ¿Por qué se entregó esta nueva riqueza a los norteamericanos?

Pienso en Cárdenas. Gracias a su fe, a su heroísmo, a su amor por la patria, es posible este increíble milagro, esta realidad de un bien recobrado para siempre. Hemos reconquistado el río Coatzacoalcos que fue holandés, inglés, norteamericano. La nube amarilla de la *Sulphur* es la única mancha que empaña este claro horizonte.

A pesar del Canal de Panamá y de la decadencia del ferrocarril del istmo, Coatzacoalcos prospera. Sinfonías, hoteles, cines, caminos, tehuanas descalzas de flotantes vestiduras, zopilotes, rancheros, petroleros, pescadores, marineros, ingenieros, aviadores, mendigos y

vendedores orientales ofrecen una rara y endiablada mezcla de lo antiguo y lo moderno.

Se cruza el río y en la ribera opuesta, donde principia el ferrocarril del Sureste, a la sombra de las palmeras, cerca de las fraguas, de los talleres al aire libre y de las cabinas miserables de los pescadores, descansa el tren que sale a Campeche. Lo compone una máquina *diesel*, un coche comedor, un dormitorio y tres carros europeos pintados de rojo. Son los mismos carros alfombrados y refrigerados que recorren los paisajes suizos, los mismos que se deslizan frente a los castillos bañados por el Danubio.

Los descontentos no ocultan su despecho:

"¿A qué tanto lujo –gruñen–, si solo viajan los indios 'macheteros'? Con sus horribles patas llenas de lodo, echan a perder las alfombras y los asientos forrados de terciopelo".

Los viajeros ignoran todo esto. Los veo estirarse y suspirar complacidos. Viven en casas sucias, dentro de la selva palúdica y nunca han tenido una oportunidad semejante.

Un joven campesino, con su machete colgado al hombro, recoge sus objetos: un morral, una escopeta. Luego mira el sillón vacío. Hay un poco de lodo, ya seco, en la alfombra. Vuelve a sentarse, y de un modo discreto –¡Señor, hay que guardar las apariencias!– lo limpia con su pañuelo. Luego baja y se pierde entre los árboles silbando una tonada.

A través de las ventanas desfila el rico festón del bosque. A las ceibas se abrazan los nidos de las hormigas; en las charcas, los perezosos lagartos duermen la siesta en compañía de sus amigas las tortugas; las garzas blancas vuelan sobre los lirios azules y los tucanes se están inmóviles en las ramas de los árboles, fatigados de no lograr sacudir el estorbo de su enorme pico.

Por la mañana, las montañas arboladas aparecen cubiertas de niebla. Tembladeras y pantanos cuajados de platanillos y de orejas de elefante forman lagunas y remansos donde se reflejan los pesados ramajes del trópico. En largos trechos las enredaderas vencen a los árboles sofocándolos bajo su manto bordado de flores. Tabasco es el reino del agua, del brillo, de la onda, del perfume y del canto. Aquí se deslizan los ríos gigantes de México: el Mezcalapa, de cielos escarlata; el Tulijá, todo reflejos y transparencias; el violento Usumacinta; el verde y remansado San Pedro.

Tierra virgen, futura gran despensa del mexicano, sobre la que flotan las nieblas del primer día de la creación, nos deja una figura simbólica: la del niño desnudo que, rodeado del mundo vacío, saluda el paso del tren agitando en el aire su manita.

Estas tierras de aluvión que hicieron retroceder a las aguas del Atlántico las cruzamos hoy gracias al heroísmo

de un grupo de jóvenes ingenieros. Los problemas de un ferrocarril tropical son muy diferentes a los de otros ferrocarriles más estables. El agua de la lluvia socava en una noche los terraplenes, deshace los taludes, derrumba las montañas. Los ríos, que ayer se deslizaban bajo sus puentes, al día siguiente cambian su curso y se lanzan impetuosos contra las márgenes; las hierbas y la humedad invaden las vías y pudren los durmientes.

El Mezcalapa, por ejemplo, sin previo aviso, abandonó su cauce y principió a golpear el terraplén de la vía situado a medio kilómetro del enorme puente de acero. Hubo necesidad de transportar toneladas de rocas y formar un verdadero rompeolas para domar la impetuosa corriente.

La batalla contra los ríos, las ciénagas, las montañas derrumbadas –los elementos que deshicieron la expedición de Cortés a las Hibueras– no termina nunca. De día y de noche, bajo el sol y las lluvias, entre el fango y las arenas movedizas, los pequeños armones de los ingenieros recorren sin cesar los 735 kilómetros de vía: una red de talleres ocultos en la selva, un ejército de trabajadores que mueven picos y palas, grúas, plataformas y revolvedoras de cemento, enderezan taludes, cambian durmientes, reparan canales y puentes para que los trenes lleguen a tiempo y el lejano Sureste pierda el carácter insular que siempre lo distinguió en la atormentada geografía de México.

A partir de su descubrimiento en el siglo XVIII, Palenque ha logrado hechizar a todos sus visitantes, con la sola excepción de Graham Greene, afligido por una larga caminata en mula y algunas diarreas adicionales. Su descubridor, el capitán Del Río –1787–, otro capitán Guillautne Dupaix –1805–, el longevo y fecundo V. F. Waldek, "se casó –escribe Laurette Séjournés–, tuvo un hijo a los 80 años y murió a los 109", Stephens, pionero de la arqueología maya y el notable dibujante norteamericano Catherwood –1839–, Desiré Charnay, académico que debía limpiar diariamente su sombrero de la profusa vegetación causada por la humedad de la selva –1857–, Maudslay, Seler, Tozzer, Spinden, Morley, Blom, Thompson –entre ellos, dos mexicanos ilustres: Miguel Ángel Fernández y Alberto Ruz Lhuillier–, han sentido de un modo o de otro la fascinación de esas ruinas.

Palenque es, justamente, unas ruinas. Unas ruinas, y una selva espesa, húmeda y alta, habitada por criaturas ruidosas e invisibles. Ruz Lhuillier la compara a una fábrica. Un estruendo de sierras, de perforadoras, de martillos golpeados rítmicamente, de ruidos sofocados y arrastres metálicos, se escucha dominado por el chillido de los pájaros y el rugido espantable de los monos saraguatos.

Abundan el puma y el jaguar, pero no son ellos los principales enemigos del hombre, sino la venenosa nauyaca que reina en Palenque sobre un variado muestrario de

serpientes. Cierta vez que el pintor Agustín Villagra se hallaba en una cámara del Palacio entregado al dibujo, los trabajadores mayas abandonaron su quehacer apresuradamente y se marcharon diciéndole: "Adiós, profesor; lo dejamos muy bien acompañado". Villagra, inquieto, no tardó en descubrir a su inesperado huésped: una nauyaca lo miraba con fijeza desde una grieta de la bóveda.

Al lado de la nauyaca figuran arañas grandes como sapos y alacranes ponzoñosos; el mosco palúdico –Palenque tiene la gloria de ser una de las regiones más azotadas por el paludismo en el mundo–, la mosca chiclera que pica la nariz y las orejas produciendo su caída, y otra mosca maligna, el colmoyote cuya particularidad consiste en introducir bajo la piel un huevecillo que al poco tiempo se transforma en un gusano peludo. Por añadidura –solo cito aquí ejemplos aislados de una lista interminable–, los monos saraguatos, no conformes con imitar a la perfección el rugido del león, resultan los más activos transmisores de la fiebre amarilla.

La selva es el escenario de una lucha por la vida de intensidad poco común. La mayoría de los animales se devoran los unos a los otros con inconsciente naturalidad, y si bien los órganos de la defensa como los del ataque se hallan proporcionalmente desarrollados en todos ellos, son los insectos, a causa de su manifiesta debilidad, los que

recurren a los más ingeniosos medios con el fin de sustraerse a la persecución de sus enemigos.

Los hay como hojas secas o como briznas de hierba que inesperadamente levantan el vuelo; conocida es la gran mariposa que asusta a los pájaros pintándose en las alas los ojos de la lechuza, mientras su cuerpo alargado sugiere un corvo pico; y es todavía más notable, aunque menos familiar, el mimetismo del caimán pulgón, protegido con una máscara córnea y hueca que representa a la perfección la cabeza brutal de los lagartos.

La voracidad de la fauna tiene su complemento en la voracidad de la flora. La selva no solo es devorada por ejércitos insaciables de hormigas, de insectos y de pájaros, sino que a su vez se devora a sí misma en una escala de grandiosa espectacularidad. Apenas hay árbol que no se vea asaltado y medio asfixiado por un espeso manto de enredaderas, bejucos y plantas parásitas. De hecho, en los tres pisos del bosque tropical –el mojado y oscuro donde vegetan las plantas de sombra, el intermedio de los arbustos y el aéreo del techo– se libra una sorda lucha de exterminio. Los agresivos vegetales necesitan espacio vital y hacen valer sus derechos continuamente atropellados. Hay unos que reclaman la sombra –son los cegatos– y para conservar la humedad indispensable deben permanecer, contra todo intento de expulsión, bajo la

protección de la selva; hay otros, en cambio, que tratan de ganar su lugar al sol y deben adelgazar para abrirse paso, a codazos, entre los ramajes vecinos. Un vuelo sobre el bosque hace resaltar el dramatismo de estos ignorados combates. Las copas, de distintos verdes, a veinte metros de altura, se abren expansivas y dominantes y con frecuencia se mezclan abrazándose con sus poderosas ramas y tratando de prevalecer sobre los demás, esforzada y silenciosamente.

Un árbol particularmente agresivo, al que se le ha dado el nombre de matapalo –oveja negra de la apacible familia de los higos– podría ser visto como el símbolo de esta lucha que no da cuartel ni lo pide. Verdadero pulpo vegetal, con sus raíces tentaculares y su tronco flexible y vigoroso rodea a los árboles que tiene a su alcance, les chupa la savia y termina estrangulándolos.

Una selva así, tan voraz, tan fecunda, tan poco hecha para la convivencia humana, es natural que nos haga pensar en los esfuerzos del hombre por dominarla. El maya no solo edificó una ciudad en las estribaciones de la sierra –Blom menciona edificios desparramados en una extensión de siete kilómetros–, sino que cultivó la tierra de modo que pudiera alimentar a millares de campesinos y a numerosos arquitectos, escultores, pintores, sacerdotes, astrónomos, grandes señores y guerreros.

El maíz, ayer como hoy, no solo era la planta más preciada, sino la carne y la sangre misma del hombre. De maíz estaba hecha la humanidad, la única que logró sobrevivir a los fracasados ensayos realizados por Hunab, el dios supremo, y de maíz eran los cimientos de la vida y de la cultura.

Fuera del maíz –de la victoria que representa su caña enhiesta y su dorado penacho– y aun dentro de su campo, imperaba, avasallador, dominándolo todo, el Monstruo de la Tierra, el que da la vida y la muerte de un modo tan estrecho que a las dos comprende en el mismo abrazo. Todo nace y todo muere caótica y desordenadamente. El monstruo que devora a los muertos, hace brotar las semillas de maíz, sin cambios, sin pausas y sin diferencias apreciables. En la selva no hay inviernos ni veranos, no hay otoño ni primavera; su plasma húmedo y cargado de jugos nutricios puede ser visto como un horno genitor y como una tumba.

Es pues natural que el maya, para no enloquecer, opusiera al espantoso desorden la medida cósmica, el registro del tiempo por el tiempo mismo y lo impusiera como un enorme péndulo que todo lo llenara, en medio de la selva. "Ningún pueblo en la historia –dice Thompson– ha tenido un interés tan absorbente en el tiempo como lo tuvieron los mayas, y ninguna otra cultura desarrolló nunca una filosofía que abarcara temas tan poco usuales".

La preocupación por el tiempo, que tuvo sus orígenes en la necesidad de proporcionar al campesino un calendario agrícola lo más exacto que fuera posible, evolucionó hasta constituir una obsesión desligada de toda función práctica. Al principio se erigían estelas al finalizar un período de veinte años –katún en maya–, pero luego se tomó la costumbre de levantarlas cada diez, y más tarde cada cinco años. La locura metafísica se había apoderado de los sacerdotes-astrónomos. En ellas registraban la fecha de su calendario solar, el estado de Venus, la lunación correspondiente y el signo del dios que presidía la noche del día conmemorado. Y nada más. Una fecha tomada al azar, entre las coordenadas de la Luna y de Venus, brillaba en medio del desorden cargada de divina significación. Ni un nombre, ni un acontecimiento, ni siquiera una victoria han logrado hasta hoy descifrarse en las estelas. Soberbiamente impersonales, despojadas de las manifestaciones de la vanidad humana que figuran tan profusamente en nuestros monumentos, el día de naturaleza celestial era exaltado fuera de toda relación humana y consagrado como un dios, lo cual permitía vivir a los mayas sin la carga de los héroes, sin los panegíricos que redactan sus vasallos, sin listas genealógicas, sin patrias agradecidas hasta las lágrimas y –bien inestimable– sin los oradores cívicos y sus tediosos, nauseabundos y falsos discursos.

Cuando el éxodo de los mayas se inició y todas las grandes ciudades fueron abandonadas simultáneamente, la selva, derrotada un momento, inició la conquista de los soberbios centros ceremoniales. En Palenque, la selva lo cubre todo. Desde las colinas en que una vez se levantara la metrópoli maya, la fresca y profunda vegetación se extiende como un inmóvil océano. Pero este océano avanza siempre dotado de un impulso irresistible. Los templos y los palacios –a Paul Rivet le recordaron las sitiadas ruinas de Angkor– alzan sus destruidas cresterías sobre el apretado follaje, y no son otra cosa que viejos cascos de embarcaciones arrancados al mar de la selva. Los mil años que duró su inmersión están escritos indeleblemente en sus arcos agrietados, en sus muros derruidos. No podemos entregarnos al juego innecesario que practican algunos turistas en los foros romanos, tratando de reconstruir con piezas rotas el rompecabezas de la ciudad imperial. Las ruinas serán siempre las ruinas. Una categoría *sui generis*, una grandeza melancólica y vencida en la que intervienen ya de una manera indisoluble el cincel del hombre y el cincel del tiempo, el trabajo de la lluvia y del aire, con sus pátinas, sus misteriosas sustracciones, sus oscurecimientos, sus mantos de líquenes rojos, amarillos y verdes.

Si todavía hay una visión risueña en el mundo, esa es la que ofrece hoy cabalmente Palenque, a la caída de la tarde, desde la galería posterior del Palacio. Los templos levantan sus graciosas formas sobre las colinas artificiales, reclinados en el pecho florido del bosque. Suena el agua y se oye el canto de los pájaros. Las naranjas brillan, como frutos de oro, y la armoniosa distribución de los santuarios, su aspiración a la altura, la elegancia suprema de su dibujo, establecen una ceñida correspondencia con la blanda, suave, voluptuosa vegetación que nos rodea. Una magia, un hábito del paraíso hacen recordar los templos chinos levantados asimismo sobre las colinas artificiales de la Ciudad Prohibida. El arte, para los mayas, era una necesidad, y no es posible sustraerse a la idea de lo que habrían gozado los príncipes cuando contemplaban su ciudad desde las frescas galerías de este Palacio.

El rococó brota de la Naturaleza con la fácil espontaneidad de una orquídea, y si la arquitectura es en Palenque tan esbelta como lo es el árbol, el estuco y sus estilos tienen algo también de la suavidad redondeada, de la profusión y de la plenitud de la vegetación tropical.

Los grandes bajorrelieves que encuadran la escalera interior del Palacio son quizás el lazo de unión, el eslabón perdido entre las cabezas de La Venta o Tres Zapotes y los estucos que señalan la culminación del período clásico.

Conservan la fuerza, la monumentalidad, el dramatismo de las grandiosas piezas olmecas, aunque modificadas por la raza y el espíritu de los mayas. Desde luego, se trata de un diferente tipo de belleza. La religión se ha depurado, el hombre es distinto, la vida ha ganado en refinamiento. La nariz aplastada y bárbara ha sido sustituida por una atrevida nariz artificial que nace en medio de la frente, modificando la expresión del rostro; la cabeza ya no es la vigorosa cabeza redonda tocada con un casco, sino una cabeza deformada voluntariamente. El ojo ha estilizado sus rasgos orientales y la gruesa boca sensual se ha transformado en una boca entreabierta de finos y temblorosos labios cargados de espiritualidad. El hombre de La Venta es todavía un fragmento de naturaleza, una terrible fuerza que no logra romper su pesado misterio; en cambio, el maya de Palenque es un producto de la civilización, una victoria sobre la hostilidad de su medio.

Los estucos no guardan relación con los bajorrelieves arcaicos de la escalera. Se han borrado las últimas huellas del arte primitivo y se inicia la decadencia. Un nuevo estilo, el rococó maya, expresión última de un gran poder estatal y de una vida extraordinariamente refinada, aparece en el corazón de la selva.

El adorno blando, la voluta, la estilización de las plumas, el simbolismo religioso no ahogan la figura humana.

A pesar de la frágil materia y de las injurias del tiempo, la carne sigue viviendo de un modo perdurable. No es la carne musculada del torso griego y su valiente modelado, sino el músculo que no abulta la piel, la línea armoniosa de las piernas, los volúmenes apenas insinuados del pecho y de los brazos, las dulces manos que sostienen amorosamente niños pequeños, la presencia, en fin, de una suavidad oriental expresada por una línea musical de gran pureza.

Acaso sea en Palenque donde la escultura maya alcanzó su apogeo. Algunos bajorrelieves aislados, como el admirable del Tablero de los Esclavos, ofrecen el último esfuerzo del artista maya por llegar a la síntesis. Aquí se despoja de todo simbolismo y el surco de su cincel sobre la superficie de la piedra calcárea nos deja la imagen final del gran señor palenquero. Es un prototipo. Las airosas plumas del tocado contrastan con la saliente línea recta de la nariz; la graciosa curva de la barba la prolongan los hombros; el cuello sostiene el pesado collar de jades y la mano de retorcidos dedos semeja una flor que naciera del pecho. El hombre ha completado su metamorfosis. El intelectual, el astrónomo, el sacerdote, el señor reverenciado como un dios, han dejado muy atrás al campesino, al artesano, al oscuro plebeyo. De su vida, de los sentimientos que los animaron, de sus relaciones sociales,

de su ciencia y de su arte sabemos muy poco. Es necesario llegar al descubrimiento de los frescos de Bonampak para que esta luz, perdida en la espesura, ilumine un fragmento más amplio de su existencia.

Tomado de: Benítez, F. (1972). El sureste de México. En X. Tavera Alfaro (comp.). *Viajes en México. Crónicas mexicanas* (pp. 417-427). México: Secretaría de Obras Públicas.



La ilustradora

Catalina Vásquez
(Kathiuska)

Comunicadora audiovisual. Ilustró los libros *Manual para cazar una idea*, ganador de la Beca de Creación Alcaldía de Medellín 2014, y *Las aventuras de Ulises*, publicado por el Ministerio de Cultura de Colombia en 2017. Ganadora de la residencia en novela gráfica en la Maison des Auteurs del Festival de Cómics de Angulema, Francia, en 2018. Adicional a su trabajo en ilustración, ha dirigido varios cortometrajes, entre ellos, *Cárcel*, que recibió apoyo del Fondo para el Desarrollo Cinematográfico, 2016.



Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2018 en papel Earth pact,
elaborado a partir de la caña de azúcar.

Medellín, Colombia.







